Jusepo el Veronés

JUSEPO EL VERONÉS.

DRAMA

EN CINCO ACTOS,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

M. D.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1841.

PERSONAS.	ACTORES.
ANSEDISIO GUIDOTI, *podestá de Verona.*	*D. Pedro Sobrado.*
MARTIN DE LA SCALA, *noble veronés.*	*D. Florencio Romea.*
JUSEPO.	*D. Julian Romea.*
ESTELA.	*Doña Matilde Diez.*
MANFELD. *alemanes.*	*D. José Perez Pló.*
VOLFRAG. *alemanes.*	
RUGÉR. *alemanes.*	
MARIANI.	*D. Lázaro Perez.*
RIZIO.	*D. José Castañon.*
FEDRIC.	
STROZZI.	*D. Lorenzo Uzelay.*
FRANZ.	
HONORIO.	
ASTOLFO.	
ACOMPAÑAMIENTO.	

La escena es en Verona en 1259.

Acto primero.

Un salon del palacio de Verona.—Galerias en el fondo y galerias laterales.—A la derecha una mesa suntuosamente cubierta.

ESCENA PRIMERA.

GUIDOTI. MANFELD. VOLFRAG. RUGÉR.—*En el fondo* FRANZ Y STROZZI.—*Luego* JUSEPO *y* FEDRIC.

(*Al levantarse el telon salen por la izquierda cuatro guardias alemanes, y detras de ellos Guidoti, seguido de Manfeld, Volfrag y Rugér. Detras de estos Franz y Strozzi. — Luego salen por el foro Jusepo y Fedric. — Guidoti trae en la mano un pergamino.*)

Guidoti. Bien!... ya está dispuesto el banquete!

Volfrag. Quién, señor, no habia de esmerarse en dar á esta solemnidad una magnificencia digna de vuestra grandeza!

Guidoti. Sí: quiero que quede memoria del festin que pienso dar hoy en mi palacio de Verona. (*Dirigiéndose á Franz y á Strozzi.*) Marchad: pero no os alejeis de aqui. *Franz y Strozzi saludan profundamente, y se van por el foro. Guidoti continúa mirándolos marchar.*) Qué par de servidores tan leales tengo en ese Franz y ese Strozzi!... siempre prontos á obedecer mis órdenes! A una palabra mia, á una seña, ya los tengo aqui... con el hacha levantada sobre cualquier cabeza que yo les designe, y descargando el golpe, sin curarse de averiguar quién es,

ni qué ha cometido la víctima.—Incansables son.—Estoy contento de ellos!

Jusepo. (*Saliendo por el foro.*) Señor: mandásteis que se llamase á Fedric, y aqui lo traigo yo mismo.

Guidoti. Conozco en eso tu celo. —Oh! por mucho que os esforceis, conde Volfrag, baron Manfeld, y vos tambien, Rugér, intrépido comandante de mi bizarra guardia alemana, por mucho que os esforceis, repito, mis buenos alemanes, el veronés Jusepo no os cede en amor y adhesion á mi persona.

Volfrag. Manfeld y Rugér. Señor!... (*Los tres se inclinan respetuosamenle, echando á Jusepo miradas de envidia.*)

Guidoti. (*Alargardo á Jusepo la mano con sonrisa de estimacion.*) Mi buen Jusepo!...

Jusepo. El amor á vuestra persona es un sentimiento tan natural, mi noble amo!...

Guidoti. (*Dándole el pergamino.*) Qué opinas, Jusepo, de esta proclama que he hecho estender?

Jusepo. (*Toma la proclama, doblando la rodilla, y lee.*) «Habitantes de Verona, nobles y plebeyos, respeto y sumision al podestá, vuestro amo y señor.—Nos, Ansedisio Guidoti, podestá de Verona, en nombre y por la voluntad de nuestro muy amado tio Ecelino III el grande y el invicto, á todos los habitantes cuyos nombres abajo se citan, hacemos saber: que hoy dia 17 del mes de setiembre del año de 1259, es nuestra voluntad que, tan luego como se publique esta proclama, se presenten en palacio para asistir al banquete que damos en celebridad de la victoria conseguida contra los príncipes aliados por Ecelino el invicto, que se ha apoderado del puente de Casano: victoria á que en breve seguirán otras que completen la ruina de nuestros enemigos.—Asi pues, habitantes de Verona, regocijaos!»—Oh! quiera el cielo, señor, que vuestro pronóstico se cumpla, y que este dia alumbre la ruina de esa alianza inicua! Quiera el cielo que Italia la vea rota, aniquilada, y mi corazon será el primero que eleve acciones de gracias por tanta felicidad!

Manfeld. Todos, señor, abundamos en igual deseo.

Guidoti. Lo sé... y vuestros votos se verán cumplidos.—En vano el Papa Alejandro IV predica una cruzada contra nosotros: en vano el ejército de la iglesia tiene contraba-

lanceada, cuatro años há, la fortuna de Ecelino: en vano, en fin, una mano invisible suscita enemigos contra su poder de todos los puntos de Italia: no hay fuerza humana, ya apele á la justicia, ya á la cólera celeste, que no caiga en breve deshecha bajo el peso de su espada. (*Con júbilo amargo.*) Ah! entonces... seremos dueños absolutos!—Pero pensemos en el festin... Jusepo, que se pregone inmediatamente este edicto á son de trompa por todos los barrios de la ciudad.

Jusepo. (*Dando el pergamino á Fedric.*) Al instante, Fedric... que salga un heraldo á caballo...

Fedric. Voy á obedeceros. (*Saluda y se va.*)

ESCENA II.

DICHOS;—*menos* FEDRIC.

Jusepo. (*Acercándose.*) En breve, señor, sabrá toda Verona el honor que nuestro magnífico podestá se digna conceder á algunos de sus súbditos.

Guidoti. Voy á tenerlos aqui... á mi vista... en mi poder... Ah! no se figuran ellos la sorpresa que les preparo al fin del banquete!

Volfrag. Esa sorpresa, señor, me infunde recelos.

Guidoti. Cómo es eso, conde Volfrag!... vos me reconvenís?

Volfrag. Lejos de mí semejantes pensamientos!—Solo digo, señor, que los veroneses murmuran, y yo temo...

Jusepo. (*Con ironía.*) Apuesto, señor, á que va á salir una voz de clemencia de los labios del noble conde... (*Con fuerza.*) Clemencia!... eso nos faltaba!

Volfrag. Responda por mí el tumulto de esta mañana: tú mismo, Jusepo, has arrestado al gefe del motin.

Guidoti. Decís que los veroneses murmuran, y ese criminal, arrestado esta mañana, puede tener otros que lo imiten?—Pues bien: un ejemplo terrible ahogará esos murmullos, y hará que se esconda en lo mas profundo de los corazones hasta la idea de rebelion.

Volfrag. (*Inclinándose.*) Sea como vuestra voluntad lo ordene.

Guidoti. Comandante Rugér: sacad de su encierro á ese miserable rebelde que ha osado levantarse contra mí, y traedlo con buena guarda á esa sala inmediata. (*Señala*

á la izquierda.) Lo demas... queda á mi cargo.—Señores, podeis retiraros. (*Los tres alemanes saludan y se van: Rugér por un lado; los otros dos por otro.*)

ESCENA III.

GUIDOTI. JUSEPO.

Jusepo. (*Riendo.*) Motines!... qué sandez! Es la manía de ese pobre aleman... estar siempre soñando tumultos y traiciones.

Guidoti. Es verdad... pobre conde!... (*Riendo.*)

Jusepo. Que el pueblo se queja!... si eso es en él un instinto natural, una costumbre inveterada.—Dejarlo que se queje!—Ademas, yo me he hecho amigo de los principales descontentos... les hablo, me hago de su partido... y asi he logrado poseer sus secretos, de modo que nada tienen oculto para mí.

Guidoti. Ya me figuro...

Jusepo. Me tratan con intimidad... aun á este mismo palacio suelen venir á buscarme para hablar reservadamente de sus esperanzas.

Guidoti. Y qué es lo que esperan?

Jusepo. Imposibles... ya se sabe.

Guidoti. Pero qué es lo que dicen?

Jusepo. Nada que merezca repetirse... En fin, señor, dejadlos que hablen... mientras no haya mas qne palabras... Ahora, si acuden á hechos... oh! entonces, nada de piedad! Una cabeza rodando por el suelo es la mejor respuesta que puede darse al clamor de esos necios. Y por eso, en tanto que el conde Volfrag y otros de vuestros consejeros titubeaban acerca de la pena que debia imponerse al gefe de ese miserable motin, yo sin vacilar os he decidido...

Guidoti. Y no has hecho mas que anticiparte. Veo que los dos estamos siempre tan de acuerdo, Jusepo, que no parece sino que una misma alma nos anima.—Eh! vaya al infierno Volfrag con sus necios consejos!—Pero, Jusepo, tu semblante animado y gozoso me está anunciando que tienes alguna buena nueva que comunicarme... Vamos, habla, mi leal y astuto confidente, habla... (*Le toma del brazo y se pasea con él.*) Dime... aquella joven que ví

hace dias, en una de mis escursiones... sabes ya quién es?... cómo se llama?

Jusepo. Sí señor: se llama Estela Barocchi.

Guidoti. Y qué tal?... me engañé?... no es muy hermosa?

Jusepo. Oh! como una imagen.

Guidoti. Y dónde vive?

Jusepo. Vive en una miserable casa del arrabal, al otro lado del rio.

Guidoti. Y vive sola?

Jusepo. No señor: con una vieja á quien llama su madre.

Guidoti. Y... me cumplirás la promesa?

Jusepo. Os ofrecí traeros la joven... y algun dia os acabareis de convencer de que cuando yo me propongo una cosa...

Guidoti. (*Con pasion.*) Ah! si lo consigues, Jusepo!... Porque has de saber que la amo como no he amado nunca á ninguna muger... Si lo consigues!...

Jusepo. Lo conseguiré, señor. (*Ruido á un lado.*)

Guidoti. Ya vienen!...

Jusepo. Qué es eso?

Guidoti. No ves?... Mira.

Jusepo. Son los nobles veroneses que vienen á cumplimentaros.

Guidoti. Y no distingues entre ellos?...

Jusepo. Al marques de San-Vital...

Guidoti. Y no ves mas allá?...

Jusepo. Al conde Martin de la Scala...

Guidoti. La vista de esos dos hombres turba siempre mi alegria!... Son gefes de las dos familias mas nobles de Verona... Su alianza pudiera serme funesta... y el marques de San-Vital tiene una hija, Jusepo!... Dicen que el conde de la Scala se va á casar con Adelaida de San-Vital... y el pueblo funda quizá esperanzas criminales en esa union.

Jusepo. Casarse el conde de la Scala? el joven mas insustancial y mas calavera de Verona?... Qué desatino! Suponer ambicion en aquella cabeza vacía, en aquel corazon que no se conmueve sino al aspecto del juego, ó á los acentos voluptuosos de alguna muger!... qué locura! —Que le hablen de los dados, del vino, de las cortesanas... corriente! Pero de asuntos públicos!...—Su único pensamiento... si es que alguno tiene, se reduce á pro-

longar cuanto le sea posible esa vida alegre y disipada que lleva... Creedme, señor, creedme... ese mozo no vale la pena de que penseis ni un momento en él.

Guidoti. Creo que tienes razon.

Jusepo. Y entonces, á qué viene estar colmándole siempre de gracias y obsequios?

Guidoti. Porque para ahogar á un enemigo, es necesario antes abrazarle.

Jusepo. Eh!... con él no necesitais hacer ni lo uno ni lo otro...—Pero creo que va á entrar la nobleza.—Mirad... mirad al conde de la Scala... mirad ese aire insustancial, esa frívola elegancia, esas maneras mas propias de una dama... y decidme si tiene eso traza de ambicioso... ni de nada.

Guidoti. Es cierto... tienes razon.

ESCENA IV.

DICHOS.—MARTIN DE LA SCALA. NOBLES VERONESES. ALEMANES.

Martin. Gloria y felicidades dilatadas á nuestro magnífico podestá, el amigo de los placeres y de los festines.

Guidoti. Gracias, conde de la Scala: gracias, señores, por la parte que tomais en el feliz acontecimiento que vamos á celebrar.

Martin. Nosotros todos las damos á vuestra grandeza, por vuestro amable convite... por Dios santo! Una victoria y un banquete!... dia completo!

Guidoti. (*Aparte.*) Dice bien Jusepo: siempre es el mismo! —Os dejo por algunos momentos, señores.

Martin. (*Saludando.*) Aqui esperaremos á vuestra grandeza.

Guidoti. No tardaré. (*Todos se inclinan.—Vase Guidoti por un lado, seguido de los guardias.—Los nobles se esparcen por las galerías.—Jusepo, que ha acompañado al podestá hasta la puerta, vuelve y se encara con el conde, que iba á seguir á sus amigos.*)

ESCENA V.

MARTIN. JUSEPO.

Jusepo. Dos palabras, conde!

Martin. (*Con enfado.*) Qué me quieres, hombre? Vienes á darme un aviso de los que acostumbras?... á advertirme de algun nuevo peligro?... Esplícame de una vez el origen de esa constancia con que me persigues para cuidar de mi vida, prevenirme los riesgos y defenderme... Qué lazos te unen á mí para inspirarte ese afecto tan singular?

Jusepo. (*Con calma.*) Conde de la Scala, sois de condicion ligera... pero veo con gusto que teneis buena memoria.

Martin. Oh! nunca olvidaré, entre otros buenos oficios tuyos, el que me hiciste aquella noche... Ya me creia víctima de los puñales de unos miserables, pagados sin duda por algun marido escamado, cuando de repente apareciste tú... y á tu valor debí no ser ánima del otro mundo.

Jusepo. A qué viene ahora recordar eso?

Martin. Oh! nunca lo olvidaré!... Y confieso que ni un hermano haria por mí lo que haces tú.—Pero, acabemos: quiero que me espliques la causa de ese celo tenaz, que no alcanzo... y que ya me pesa, entiendes?

Jusepo. Y acaso, si os la esplico, la alcanzareis menos. Aunque colocado por vuestro nacimiento y fortuna á tanta altura respecto de mí, no será estraño, conde de la Scala, que viéndome ser favorito del que manda en Verona, viéndome ser casi omnipotente en este palacio, se os haya ocurrido, en un rato de ocio, preguntar de dónde he salido y quién soy...

Martin. Sí: me han dicho que naciste en Verona: que en tu infancia te salvaste de la muerte como por milagro: que quedaste huérfano, sin apoyo, sin familia: que fuiste soldado, y peleaste con valor: que al fin el podestá te agregó á su comitiva, te cobró afecto, y te elevó por grados al alto puesto que hoy ocupas.

Jusepo. (*Con dolor.*) Huérfano!... es verdad!—Yo ví á los enemigos incendiar mi casa... yo ví morir á mi madre... y huir á mi padre, que sin duda moriria tambien en

tierra estraña!—Sin familia!... es verdad!... porque tenia una hermana y la perdí! — Yo sentia mi corazon lleno de amor, y no tenia á quien consagrarlo! — Ofrecí mi amistad... unos la despreciaron... otros la aceptaron y la vendieron.—Entonces me propuse elegir una persona á quien dedicársela en secreto y sin esperar correspondencia... os elegí á vos... no sé por qué.—Hácia vos me arrastra una inclinacion ciega... quizá un mandato del cielo!

Martin. No creia yo que el favorito del podestá necesitase dedicar su afecto á otra persona: harto debe ocuparle su señor.

Jusepo. Dejaos ahora, si os place, del favorito del podestá; no es él quien está aqui en este momento, y quien os felicita por vuestro próximo enlace con la hermosa Adelaida de San-Vital.

Martin. (*Mirándolo.*) Hermosa, eh?... me alegro. Pero has de saber que ese enlace es una fábula inventada no se por quien.

Jusepo. Pues yo no hago mas que repetir lo que se dice en toda Verona. Nadie habla de otra cosa en la corte, en la ciudad...

Martin. Pues bien: la corte y la ciudad y todos... se equivocan.

Jusepo. Pues creo que no hareis bien...

Martin. Vaya! dejemos eso.

Jusepo. Pedonadme, conde... yo repetia la voz general...

Martin. Imposible!... aunque el mundo entero se empeñara... ese enlace es imposible.

Jusepo. Y si se añade que tampoco el amor os lo aconseja...

Martin. Eh?... qué significa?...

Jusepo. Que no amais á Adelaida de San-Vital, que amais á otra, á una joven del pueblo, llamada Estela Barocchi; que todas las noches atravesais el puente para ir á verla: que ayer fuisteis, disfrazado de marinero: que ireis tambien esta noche, y mañana y pasado mañana, y todos los dias, y siempre con distinto disfraz.

Martin. (*Admirado.*) Tú lo sabes todo!...

Jusepo. Sí!... y tambien sé que á despecho de esa habitual frivolidad, aun conservais en el fondo del corazon un resto de amor á la patria y á la libertad!

Martin. (*Cavilando.*) La patria!... la libertad!... ah! es cierto!

Jusepo. Silencio!... Creo que vienen los diputados del pueblo... voy á avisar al Podestá.—(*Aparte.*) Esos amores! esos amores!... En fin, veremos. (*Vase por un lado. El conde, que ha quedado pensativo, va á sentarse maquinàlmente en una de las sillas dispuestas para el banquete.*)

ESCENA VI.

EL CONDE. MARIANI. RIZIO. DIPUTADOS DEL PUEBLO.

Rizio. Venir á un banquete... á un festin... cuando estamos oprimidos!... cuando el corazon está henchido de ira!

Mariani. (*Reparando en el conde.*) Chit! mas bajo Rizio... Ah! es el conde... y Jusepo estaba con él.

Martin. (*Aparte, cavilando.*) Ese hombre es mi espíritu tentador!

Rizio. Cuando no pasa un solo dia, sin que tengamos que sufrir alguna nueva tropelía de esos execrables alemanes! Esta misma mañana... ya lo visteis: ese pobre viejo inofensivo... Pero paciencia! Dios querrá que llegue nuestra vez!

Martin. (*Aparte.*) De qué hablan? (*Prestando atencion.*)

Mariani. Prudencia, hermano! Aun no ha llegado la hora... esperemos.

Rizio. Bien sabe Dios que soy incapaz de sospechar de tí, Mariani: pero tú eres amigo de Jusepo, tú crees en las falsas palabras de ese espía de dos caras, que á un tiempo adula al Podestá y conspira con nosotros... y él es quien nos habla por tu boca.

Martin. (*Aparte.*) Qué oigo!

Rizio. A que vienen estas eternas dilaciones?... por qué tiene detenidos millares de brazos que estan prontos á descargar el golpe?

Mariani. Para descargarlo con mas seguridad. Ignoras que ya Jusepo á estas horas ha logrado promover una inmensa desercion en el ejército de Ezelino? Ignoras que la guardia veronesa, ganada por él, espera la señal para hacer causa comun con nosotros?

Rizio. Acometamos pues á los alemanes, y caerán muertos á nuestros pies!
Mariani. Nos falta un gefe, Rizio, un gefe!—Por mas que miro al rededor, veo muchos brazos dispuestos á ejecutar, pero ninguna cabeza para dirigir. No hay mas que soldados: falta un gefe que los guie.
Rizio. No cuenta Verona en su seno muchos caballeros que se disputarian ese honor?
Mariani. (*Alzando un poco la voz y echando una mirada con disimulo hácia el conde.*) Uno hay mas digno que todos! uno tan noble de corazon como de cuna!... Pero el podestá que le teme, porque ha visto en él á nuestro futuro vengador, ha sabido adormecerlo y enervar su energia hasta el punto de hacerlo indiferente á los males de la patria!
Martin. (*Aparte.*) Por que se dirigen á mí sus miradas?
Mariani. Sordo á nuestros clamores de venganza, duerme ahora en brazos del placer... Pero él despertará como el leon... despertará mas terrible!... Demos tiempo á Jusepo para que lo despierte.
Martin. (*Acercándose á ellos con viveza.*) Silencio, insensatos, silencio!
Jusepo. (*Sale anunciando.*) Nuestro dueño y señor el podestá. (*Todos se descubren.*)

ESCENA VII.

DICHOS.—GUIDOTI, *precedido de guardias y pages, y seguido de* VOLFRAG, MANFELD *y caballeros.*

Guidoti. (*Con ironía, despues de examinarlos.*) Mucho me complace ver que ni uno solo de los que he convidado á este solemne banquete ha dejado de acudir á mi llamamiento; y me gozo sobre todo en la exactitud con que se han presentado los diputados de mi fiel pueblo veronés.
Mariani. Ninguno se hubiera atrevido á faltar, señor, á tan honrosa convite.
Rizio. (*Aparte.*) Ya!... han ido veinte arqueros á convidarnos.
Guidoti. Ya vienen aqui los demas convidados.

ESCENA VII.

DICHOS.—RUGÉR, *oficiales y soldados alemanes.*

Mariani. Rizio y diputados del pueblo. (*Con terror.*) Los alemanes!

Guidoti. Harto tiempo ha reinado la division entre mis fieles veroneses y mis bravos alemanes... los que habitan la misma ciudad no deben formar mas que un solo pueblo. Ea, ocupe cada uno su sitio: siéntense mezclados alemanes y veroneses... nobles y plebeyos... y contemple yo desde mi silla, no rostros helados por la etiqueta y el respeto, sino amigos... hermanos.

Rizio. (*Aparte.*) Vamos! el tigre esconde las uñas.

Martin. (*Aparte.*) Hablará de buena fe?—Puesto que tal es vuestra voluntad, sea. Yo depongo mi clase y me coloco en cualquier sitio.

Jusepo. Aqui, conde... á mi lado.

Martin. A tu lado?... corriente. (*Siéntanse todos de modo que cada veronés tenga á su lado un aleman. Guidoti, rodeado de sus consejeros, ocupa la cabecera. Martin y Jusepo estan los mas próximos al proscenio. Fedric está en pie al lado de Guidoti. Los criados van y vienen con ánforas en la mano.*)

Guidoti. Llenad las copas. (*Los criados echan vino.*) Los que me amen de veras apuren hasta la última gota, en honor del héroe cuyo triunfo celebramos hoy.

Todos. Viva Ezelino!

Guidoti. A la victoria de nuestras armas!... á la paz de Verona!

Todos. A la victoria! á la paz!

Guidoti. Nobleza y pueblo, ahora voy á probaros hasta qué punto escita mi celo todo cuanto interesa á vuestra tranquilidad y vuestra dicha.—Ninguno de vosotros ignora el desagradable suceso de que ha sido hoy mismo teatro una de las calles de la ciudad. (*La atencion se aumenta.*) Existia una conjuracion fraguada contra vuestra seguridad; pero, gracias al cielo, yo velaba por vosotros. (*Hace una seña á Fedric, que se va.*) El gefe de la conjuracion ha caido en nuestras manos y está ahi ba-

jo buena guarda: ahora vereis, mis buenos y leales veroneses, cómo trata vuestro podestá á los que osan atentar á vuestro reposo, que es el bien mas caro á mi corazon. (*Movimiento entre los convidados.*)

Martin. (*Aparte.*) Qué va á hacer con ese pobre viejo!...

Jusepo. (*A Martin.*) Señor conde, probad de este vino de Chipre. (*Le echa vino. Al llevar Martin la copa maquinalmente á los labios, aparece Fedric seguido de Franz y Strozzi; atraviesa la escena con ellos y se va por un lado.*)

Martin. (*Aparte, dejando caer la copa.*) Cielos!... los dos verdugos! (*Rumor general.*)

Guidoti. Comandante Rugér, seguidlos. (*Vase Rugér.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—*Excepto* RUGÉR.

Guidoti. (*Despues de pasear miradas de satisfaccion por los convidados aterrados.*) Cómo es eso! estan las bocas mudas!... los rostros parados!... las copas vacías!... es este el júbilo que yo esperaba hallar? Ea, amigos mios, fuera cuidados y bebamos! (*Alarga la copa y se la llenan.*)

Martin. Perdonad, señor... pero esos dos hombres que acaban de aparecer aqui á nuestra vista... en medio de un festin... han turbado nuestra alegria. Su presencia es de mal aguero... porque es funesto presagio...

Guidoti. Pages, echad vino...

Mariani. Señor, ese desgraciado es un pobre viejo, cuyo débil brazo no se ha alzado ni podia alzarse contra vos. Un soldado aleman le insultó, lo golpeó, sin resistencia de su parte...

Guidoti. Falso!

Marivni. Esta es la verdad, señor! — Algunos vecinos movidos de compasion acudieron y tomaron su defensa: vinieron entonces mas soldados en auxilio de su compañero... se trabó una pelea... y hé aqui cómo ese infeliz, sin sospecharlo, se vió acusado de gefe de motin. Cuando le llevaban preso no hablaba mas que de su hija... á todos respondia clamando por su hija... y diciendo que acaba-

ba de llegar en su busca despues de una larga ausencia.

Guidoti. (*Con rabía.*) Todo eso es falso, repito!... todo mentira y astucia infernal!—Ese hombre oculta un misterio culpable... y si no, por qué se ha negado con obstinacion á declarar su nombre?—El que asi se disfraza es criminal.

Martin. Pero en un dia destinado al placer... conceded el perdon á ese infeliz!

Todos. Perdon!... perdon!

Guidoti. (*Mirándolos á todos.*) Cuenta ese hombre, por dicha entre vosotros amigos ó cómplices?

Martin. Aun á riesgo de escitar en vos injustas sospechas, me atrevo á insistir, señor!... aun puede llegar á tiempo vuestro perdon...

Todos. Perdon!... perdon!

Una voz ahogada dentro. Hija mia!... hija mia! (*Oyese al mismo tiempo un golpe.*)

ESCENA X.

DICHOS.—RUGÉR.

Rugér. (*Se asoma levantando el tapíz.*) Señor, la sentencia está ejecutada.

Guidoti. Mirad... mirad!

Todos. Qué horror!... (*Todos espontáneamente se levantan. En el mismo momento cada veronés se ve amenazado por el puñal del aleman que tiene al lado. Otros soldados han invadido el salon y presentan la punta de las alabardas á los nobles que habian tirado de las espadas.*)

Guidoti. (*Con voz de trueno.*) Nobles!... envainad las espadas!—Plebeyos, humillad la frente!—Silencio todos! los verdugos estan ahi esperando!—El que pronuncie una palabra... el que se mueva siquiera... sufrirá la suerte del conspirador.

Martin. (*Con voz ahogada.*) Oh! infamia!... infamia!

Guidoti. (*Despues de gozarse un rato en su impotencia.*) Bien!... me gusta esa humildad!—Ea, continúe el banquete.

Jusepo. (*Aparte á Martin.*) Ese anciano que acaban de asesinar, conde de la Scala, era el padre de Estela Barocchi... la que vos amais!

Martin. (*Aterrado.*) Cielos!

Jusepo. (*Volviéndose y presentando la copa.*) Pages, echad vino.

Acto segundo.

Una galeria de palacio.— En el fondo la puerta de entrada y á cada uno de sus lados un balcon. Dos puertas laterales. — Puerta secreta á la izquierda.—Mesas, sillones, &c.

ESCENA PRIMERA.

GUIDOTI. VOLFRAG. MANFELD. RUGÉR. MARIANI. RIZIO. *Diputados del pueblo.*

(*Los del pueblo estan consternados.— Guidoti se pasea colérico y agitado.*)

Guidoti. Ya me habeis oido: mi tesoro está vacío... y á los veroneses toca la honra de llenarlo: id pues á decirles de mi parte que con 50,000 florines han cumplido por esta vez.

Rizio. Señor!... 50,000 florines!

Mariani. Misericordia!

Guidoti. Si hablais una palabra mas, exijo el doble...— Quién viene?... ah! es Jusepo.

ESCENA II.

DICHOS.—JUSEPO.

Guidoti. (*A media voz.*) Qué hay de eso?

Jusepo. (*Id.*) Ya he tomado mis medidas: se la ha sacado de su casa con engaño... Fedric y los suyos estan esperándola.

Guidoti. (*Id.*) Bien, mi fiel amigo!... pero ve á donde está Fedric... Si tú no estás con él no vivo tranquilo... anda: en nadie tengo confianza mas que en tí.

Jusepo. (*Inclinándose.*) Obedezcó, señor. (*Aléjase poco á poco.*)

Guidoti. Tengo que daros gracias, baron de Manfeld... os acordais de aquella joven que me hicisteis mirar un dia arrodillada en las gradas de la iglesia de san Nicasio? (*Sigue hablándole bajo.—Jusepo llega al grupo del pueblo y pasa por medio de él.*)

Jusepo. (*A media voz sin detenerse.*) No os dejeis intimidar... Ezelino ha sido envuelto en el puente de Casano... su poder está en la agonía... negaos á pagar... no tengais miedo... no olvideis que aqui os espero al dar las seis. (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

DICHOS.—*Escepto* JUSEPO.

Manfeld. (*Inclinándose.*) Recibid la enhorabuena, señor.

Guidoti. (*Volviéndose repentinamente.*) Con que, señores mios... os convenceis de que no seria sano el resistirme? qué diablos!... perder las amistades por un puñado de florines!... vaya, acabemos... consentis, no es cierto?

Mariani. (*Con firmeza.*) No, señor: rehusamos!

Guidoti. Me decís eso en mi cara, y no temblais?... y no os asombrais de veros todavia en este mundo? Lástima me dá de vosotros!... pero escuchad mis últimas palabras!—Mañana á estas horas me habeis de contar aqui 50,000 florines uno sobre otro, entendeis?—De lo contrario, juro por el infierno!... andad... andad lejos de mi vista. (*Vanse aterrados.*)

ESCENA IV.

DICHOS.—*Excepto los del pueblo.—Luego* JUSEPO.—*Luego* ESTELA.

Guidoti. Insolentes!... me ha sorprendido esa altanería! de cuándo acá?...

Jusepo. (*Aparece á la puerta del costado.*) Ya está aqui, señor.

Guidoti. Estela!... Ah! que venga, que venga! (*Jusepo hace una seña adentro y sale Estela afligida, guiada por Fedric. —Guidoti despide con una seña á sus consejeros.*)

Estela. (*Echándose á sus pies.*) Ah! señor... perdon!... clemencia con esta pobre!... (*Guidoti hace seña á Jusepo y Fedric, que se alejan, aquel por el foro, este por un costado. Las puertas se cierran.*)

ESCENA V.

GUIDOTI. ESTELA.

Estela. (*Continuando.*) Perdon, señor, de un delito que ignoro... ó mejor diré, justicia, porque soy inocente. (*Guidoti la levanta.*) Ah! volvedme al lado de la que amo como si fuera su hija!... mandad que al momento me conduzcan á sus brazos!... hacedlo, señor, y os bendeciré... y sereis justo... Sí, sereis justo, porque yo no soy criminal!

Guidoti. (*Con amor.*) El criminal soy yo... yo que debia ya estar á tus pies, Estela!

Estela. (*Estremecida.*) Vos á mis pies!... Vos criminal, señor!...

Guidoti. No, tienes razon, no lo soy... porque no puede ser crimen el amarte!

Estela. (*Con desesperacion.*) Oh! Dios mio!... tened piedad de mí!

Guidoti. (*Con fuego.*) Piedad de tí, Estela!... piedad de tí!... cuando te ves amada del podestá! cuando te reservo una suerte que ha de ser envidiada de las mas nobles de Verona! cuando á mi voz has de ver á los mas altivos nobles descubrirse ante ti y doblar la rodilla en el polvo!... y demandas piedad!...

Estela. (*Con dignidad.*) Señor, haced que se me abra esa puerta en el instante: mi sitio es al lado de mi madre.

Guidoti. Tu sitio es en este palacio, donde mi amor te hace soberana.

Estela. En este palacio!... no: su aspecto me causa odio!...

Solo por la fuerza me detendreis aqui... y no os creo capaz de hacerlo, señor!

Guidoti. Ah! por compasion... por compasion de tí misma, Estela... amame! amame te ruego!

Estela. Amaros!... imposible!—Ah! si es cierto que os inspiro algun afecto, no prolongueis mi desesperacion! no hagais que pierda el sentido!—Miradme, señor!... miradme de rodillas! volvedme el honor y la vida con él!... mirad como os lo pido llorando... de rodillas y con las manos cruzadas!—Señor! volved á una pobre madre moribunda la hija que la habeis robado y á quien está llamando con lágrimas!—Os enterneceis... sí... me teneis lástima, ya lo veo! Ah! dejaos ablandar... volvedme á mi madre! (*Con un grito de desesperacion.*) Volvedme tambien á mi amor!

Guidoti. (*Con rabia.*) A tu amor! (*Conteniéndose.*) Hola!... y cómo no lo has dicho antes?

Estela. Le volveré á ver, no es cierto? y volveré al lado de mi madre?

Guidoti. Antes que yo le sacrifique mi amor... parece justo que sepa el nombre de ese rival, que prefieres á mí.... que sepa yo si es digno de tanto honor.

Estela. Oh! sí, muy digno!

Guidoti. Y cuál es su nombre?

Estela. (*Bajando los ojos.*) Pero...

Guidoti. (*Conteniéndose apenas.*) Dime su nombre!

Estela. Su nombre? (*Alza los ojos y ve la mirada infernal de Guidoti.*) Ah! no lo sabreis!

Guidoti. (*Dejando de contenerse.*) Qué me importa, si ya estás perdida para él.

Estela. Ah! si me oyera... si estuviera aqui...

Guidoti. Le mataria delante de tí!

Estela. Si se presentara os haria temblar.! Pero yo me libraré de vos! (*Ve abierto un balcon del foro.*) Ah!... (*Corre al balcon.*) Podestá, si dais un paso me precipito á ese torrente!

Guidoti. (*Aterrado.*) Gran Dios!.. Estela! querida Estela! mira que es un despeñadero horrible... un abismo sin fondo!

Estela. Si dais un solo paso, me arrojo...

Guidoti. No, Estela, no!... yo te respetaré, lo juro! Ah! tú has vencido! en premio de mi amor solo te pido que vivas.

Estela. (*Perdiendo el sentido.*) Ah! la conmocion que he sufrido... me quita las fuerzas... (*Sus manos se desprenden del balcon: sus rodillas flaquean.*) Madre mia! madre mia!

Guidoti. (*Socorriéndola.*) Qué he hecho yo!... pierde el sentido! (*Llamando.*) Hola! pages! Fedric! venid pronto!... Fedric! (*Salen varios pages, luego Fedric.*) Llegad aqui... sostened á esta jóven... llevadla... llevadla y haced que vuelva en si!—(*Fedric y los pages sosteniéndola, se la llevan por la izquierda.*)

Guidoti. (*Despues de verla salir dice con rabia concentrada.*) Ah! cuanto me aborrece! (*Vase por la derecha.—Jusepo sale por la puerta secreta y el conde de la Scala por el foro.*)

ESCENA VI.

JUSEPO. MARTIN. *Luego* ESTELA.

Martin. Al fin te encuentro!... desde ayer te estoy buscando inútilmente.

Jusepo. Hablad mas bajo, señor conde. (*Va á la puerta por donde marchó Guidoti, la entreabre y escucha.*)

Martin. A qué son esas precauciones?

Jusepo. Puede uno tener que hablar de cosas que no conviene que todos las oigan... y las paredes del palacio de Verona tienen oidos. (*Volviendo al lado del conde.*) Ya os escucho: qué me quiere su señoria?

Martin. Tú me lo preguntas á mí, despues de lo que me dijiste ayer?... despues de decirme al oido que aquel viejo tan vilmente degollado en medio de una orgia, á vista de la nobleza y pueblo de Verona, era el padre de Estela Barocchi?

Jusepo. (*Con frialdad.*) Y os dije la verdad.

Martin. Pero si Estela se tiene por huérfana... si Juana Barocchi, á quien llama madre, no fue mas que su nodriza.—Habla, de quién has sabido que aquel infeliz viejo era su padre?

Jusepo. Del mismo viejo.

Martin. El se declaró contigo?

Jusepo. Algunas palabras que se le escaparon cuando me

vi obligado á entregarlo á los guardias que me acompañaban, me descubrieron el secreto.

Martin. Su padre!... Ah! yo lo vengaré... sí, lo vengaré!... lavaré con rios de sangre su inocente sangre derramada... y quizá de ese cobarde asesinato nacerá la libertad de Verona!

Jusepo. Sabeis, conde de la Scala, que nuestro magnífico podestá podria tener que sentir, si, segun andan las cosas, supieran los veroneses que os hallais en tan buenas disposiciones?

Martin. (*Con viveza.*) Se conspira?... no es verdad, Jusepo?...

Jusepo. Algo se ha de hacer!... conspirar es un pasatiempo como otro cualquiera!

Martin. (*Admirado.*) Y teniendo tú noticia de ello, cómo es que lo ignora el podestá?

Jusepo. Algo empieza á sospechar... pero eso no le quita dormir á pierna suelta. Qué le han de importar los gritos de una pobre gente que no tiene gefe que la dirija? El podestá sabe que un pueblo abandonado á sí mismo no es mas que un cuerpo sin alma... y el cuerpo solo nada puede hacer.—Oh! si los descontentos... y cuidado que son muchos!... tuviesen á su cabeza un hombre... tal como vos acabais ahora de mostraros... entonces, de débiles que son se volverian fuertes... y los alemanes no saldrian bien parados de la refriega! — Allí podria un hombre satisfacer su ambicion... porque el pueblo no tiene límites en su gratitud; y no serian malos títulos los de libertador y rey de Verona!—Ya, ya! no es poca fortuna para nuestro magnífico podestá que vos no seais ambicioso, conde de la Scala!

Martin. (*Mirándole cara á cara.*) Cuántos florines de oro le han ofrecido al honrado Jusepo por perderme? — Las delaciones deben pagarse bien en Verona!

Jusepo. (*Con calma.*) Si: debe hacérsele esa justicia á mi noble amo y señor... sabe hacer bien las cosas.—Pero yo os juzgaba un poco menos olvidadizo... y algo mas agradecido.

Martin. Acabemos: respóndeme sin vacilar y con la mano sobre el corazon: amas á Verona, ó estás vendido á los alemanes?—eres del podestá, ó del pueblo?

Jusepo. (*Mirándole.*) Y si fuese del uno y del otro?

Martin. Miserable!
Jusepo. Es cosa que se ve todos los dias!
Martin. Basta, vil cortesano, basta!... ya te conozco!
Jusepo. Estais seguro de ello? (*El conde va á marcharse.*) Pero á dónde vais asi, señor conde?
Martin. (*Con altaneria.*) A qué es esa pregunta?
Jusepo. A evitaros un trabajo inútil, si acaso el amor guiaba vuestros pasos al otro lado del rio.
Martin. (*Mirándole.*) Inútil?... y por qué?
Jusepo. Porque podria acontecer que buscaseis hoy en balde á la que dejásteis alli ayer.
Martin. Qué quieres decir?
Jusepo. Quiero decir que en Verona no se puede ser impunemente joven y hermosa... y que Estela Barocchi es muy joven y muy hermosa.
Martin. Acaba!
Jusepo. Quiero decir que nuestro magnífico podestá es un señor muy galante y muy poderoso...
Martin. Acaba... acaba!
Jusepo. Y que siendo esto asi, la hermosa joven, la perla de Verona, como la llaman, acaba de ser robada de su casa y conducida á este palacio.
Martin. Robada!... mi Estela?
Jusepo. (*Con calma.*) Estela.
Martin. De orden de Guidoti?
Jusepo. De orden de Guidoti.
Martin. Estela en este vil palacio!... Estela en poder de ese infame!... Ah! por piedad, Jusepo, dime que eso no es cierto! dime que me engañas!
Jusepo. (*Señalando á la izquierda.*) Alli está... custodiada por Fedric.
Martin. Alli!... (*Fuera de sí.*) Dios eterno!... Ah! Guidoti!... Guidoti!... no tienes mas que una vida!—Ese hombre no sabe que yo la amo?... ó no conoce á Martin de la Scala?—No sabe cuál es mi poder?... no sabe que mi voz puede levantar un incendio que lo abrase?
Jusepo. (*Con viveza.*) Chit!... mas bajo!
Martin. Alli dices que está?
Jusepo. (*Poniéndosele delante.*) Qué vais á hacer?
Martin. A librar á Estela!
Jusepo. Qué decís?... Solo!
Martin. No tengo aquí mi espada?

Jusepo. Deteneos!... por aqui no entrais. (*Ábrese con violencia la puerta, y sale huyendo Estéla aterrada.*)

Martin. Estela!

Estela Ah! me he salvado! (*Se echa en sus brazos.*)

Martin. Estela!... mi adorada Estela!

Estela. Ah! tú me salvarás!... no es cierto?... pero démonos prisa... he burlado su vigilancia... ya me estarán buscando... huyamos!

Jusepo. Deteneos, conde!... la muerte os aguarda á las puertas de este palacio!

Estela. (*Horrorizada.*) La muerte!

Martin. No temas, Estela!... tengo fuerte el brazo y entero el corazon!—Ven conmigo... y ay! del que intente disputarme el paso! (*Llévase á Estela hácia la puerta del foro: ábrese esta, y aparece en el umbral Manfeld: ambos retroceden al verlo.*)

ESCENA VII.

DICHOS.—MANFELD.

Manfeld. Alto ahí!

Estela. Ah! Martin!... defiéndeme!... defiéndeme!

Manfeld. Vos conoceis á esa joven, conde?

Martin. Qué os importa á vos?—Ea, dejadme paso!

Manfeld. Esa joven ha venido aqui de orden del podestá, y aqui ha de permanecer, porque tal es su voluntad.

Martin. Pues mi voluntad es que salga de aqui ahora mismo.—Abrid paso!

Jusepo. (*Aparte á Martin.*) Imprudente!... os estais perdiendo!

Martin. Acabemos de una vez.—Baron de Manfeld, noble instrumento de las tercerías de vuestro amo... sois un cobarde!

Manfeld. Conde de la Scala!

Martin. Estás hecho á prueba de afrenta!... esa espada no sale de la vaina!

Manfeld. Pide á Dios que no salga!

Martin. Pues este guante, que reservaba para arrojarlo á la cara de tu amo... (*Se lo tira á la cara.*) Tómalo!

Manfeld. (*Sacando la espada.*) Ah! sangre!... y muerte!

Martin. Ah! (*Con gozo.*) al cabo!...

Estela. Por piedad!... por piedad!

Martin. Déjame, Estela!

Jusepo. Deteneos! Señores!... un duelo en palacio!

Martin. Atrás! (*Ambos se acometen.—Estela cae de rodillas apoyada contra un sillon.—Jusepo sigue con ojos inquietos los movimientos del conde: corre á la puerta de la derecha, y pega á ella el oido.*)

Manfeld. Jusepo! qué haces!... llama á la guardia!... (*Jusepo no se mueve.*) Jusepo!... traidor!

Martin. Cobarde!... muere! (*Dale una estocada.*)

Manfeld. (*Vacila y cae.*) Ah!

Estela. (*Con horror.*) Ah! le has muerto!...

Martin. (*Llevándosela.*) Ven, Estela, ven!—Podestá de Verona... nos veremos!

ESCENA VIII.

JUSEPO. MANFELD, *en tierra.*

Jusepo. (*Inclinándose hácia él.*) Todavia respira... siento latir su corazon.... abre los ojos!

Manfeld. (*Incorporándose con trabajo.*) Quién es?... sois vos, mi noble amo?...—Ah! eres tú, Jusepo!... Por qué no pediste auxilio?... tú vendes al podestá!

Jusepo. No me era posible... su espada me cerraba el camino...

Manfeld. Te digo que eres su cómplice... y aunque sea arrastrando, llegaré... y te denunciaré al podestá.

Jusepo. Eso será perder á un inocente... y no lo hareis, señor baron!

Manfeld. (*Arrastrándose.*) Voy á verlo... voy á decírselo...

Jusepo. Con que no hay remedio?... os empeñais en ver al podestá? (*Las miradas de Jusepo se dirigen al balcon que da al precipicio.*) Pues bien, yo le hablaré... me disculparé... (*Ayudándole á levantarse.*) Apoyaos en mí... venid... (*Dan algunos pasos.*)

Manfeld. Pero dónde me llevas?

Jusepo. A la habitacion del podestá.

Manfeld. Pero... si creo que no es por aquí...

Jusepo. Sí tal... venid conmigo. (*Llegan al balcon.*)

Manfeld. (*Aterrado.*) Jusepo!... dónde me llevas?

Jusepo. Dónde os llevo?... al torrente, señor baron.

Manfeld. (*Forcejeando.*) Al torrente!... Traidor!... socorro!... socorro! (*Jusepo se mete con él en el balcon, el cual se cierra.*) Socorro!... socorro! (*Oyese el ruido de la caida.— Abrese el balcon, y aparece Jusepo solo.— En este momento sale Guidoti seguido de Volfrag y otros cortesanos.*)

ESCENA IX.

JUSEPO. GUIDOTI. VOLFRAG. CORTESANOS. *Luego* FEDRIC. RUGÉR *y* OFICIALES.

Guidoti. ¡Qué gritos son esos!?... qué sucede?

Jusepo. Lo ignoro, señor... yo tambien acudia al ruido.

Volfrag. (*Mirando á Jusepo.*) Creed lo que os digo, señor... en este palacio existe algun traidor!

Jusepo. En efecto... lo que sucede es estraordinario.

Volfrag. Mirad, señor!... aqui hay una espada en el suelo...

Guidoti. Y manchas de sangre hasta ese balcon!... Estoy yo rodeado de asesinos?...

Fedric. (*Sale apresurado.*) Señor!... esa joven!... no está aquí?... no la habeis visto?

Guidoti. Qué dices?

Fedric. Perdonadme, señor!

Guidoti. Habla!... esa joven?...

Fedric. No sé cómo es esto!... ella no está en su habitacion!...

Guidoti. Miserable!... tú me responderás con la cabeza!

Rugér. (*Sale precipitado con varios oficiales.*) Señor!... el conde de la Scala acaba de salir de palacio con espada en mano, hiriendo y derribando á cuantos hallaba al paso, y llevando consigo una muger.

Guidoti. El conde... Ah! esa es su amante!

Rugér. Hay mas, señor: han arrojado un hombre desde ese balcon al torrente... el centinela de la muralla ha visto caer el cuerpo, y lo ha oido rodar al abismo.

Jusepo. (*Con calma.*) Aqui hay algun misterio que es preciso descubrir.

Guidoti. El conde de la Scala!... y ese traidor se ha de librar de mi venganza!... No! perezca... aunque para ello sea preciso incendiar á Verona!

Jusepo. En estas ocasiones es cuando se ven los fieles servidores.—Noble podestá, antes que acabe el dia tendreis en vuestro poder á Estela: fiad en la palabra de vuestro leal criado.

Guidoti. Y ese infame!... ese traidor!

Jusepo. (*Yendo á la mesa y trazando unos renglones.*) Firmad aqui, Señor.

Guidoti. Qué es eso?

Jusepo. La orden de prender en cualquier sitio, aunque sea en sagrado, al conde de la Scala y á todo veronés que me parezca sospechoso.

Guidoti. Sabes tú donde se ha escondido?

Jusepo. Con la ayuda de Dios... yo le descubriré.

Guidoti. (*Firma.*) Ahí tienes la orden. (*Jusepo la recibe inclinándose.*)

Volfrag. (*Aparte.*) Siempre se mezcla este veronés!...—Magnífico podestá, si vuestros fieles alemanes no han desmerecido vuestra confianza, yo reclamo el honor de ejecutar esa orden.

Jusepo. (*A Guidoti.*) Yo os ofrezco la cabeza de Martin de la Scala ó la mia... (*A Volfrag.*) Ahora, señor conde, si os hallais con ánimos para hacer igual oferta...

Volfrad. Pero...

Guidoti. El conde de Volfrag guarda silencio!... Encárgate, pues, Jusepo.—Seguidme, señores. (*Vuelve á su habitacion seguido de su comitiva.*)

Jusepo. (*A Fedric, que se marchaba.*) Quédate, Fedric.

ESCENA X.

JUSEPO. FEDRIC, *á corta distancia.*

Jusepo. (*Para sí: — paseándose y meditando.*) Lo haré prender... y á Mariani... y á Rizio... á todos ellos!... sí: el medio es violento... pero infalible! Ya no pueden tardar en venir aquí... (*Parándose delante de un reloj de arena.*) Aun falta media hora... tengo sobrado tiempo para traer á Estela á poder de Guidoti... (*Paseándose de*

nuevo.) Dónde la habrá llevado el conde?... A su palacio no es posible... allí no estará segura...—Ah! aquella casa donde él va todos los dias á disfrazarse de marinero para ir á verla... Sí: allí la tiene sin duda.—Pero acaso el conde estará allí con ella... (*Decidido.*) No importa!... yo estaré á la mira. (*Llégase á la mesa y escribe.*) Fedric!

Fedric. (*Acercándose.*) Señor!

Jusepo. (*Escribiendo.*) Toma diez arqueros... vé á la calle del Palio... á la derecha... verás una casa baja... puerta de hierro... encima tiene las armas de la Scala... entra en ella de grado ó fuerza... allí encontrarás á Estela Barocchi... y la traerás aqui.

Fedric. Oh! qué fortuna!

Jusepo. Ahí tienes la orden.

Fedric. Descuidad! (*Aparte.*) Este hombre es el mismo diablo!

Jusepo. (*Dándole otra.*) Y esta al comandante de la guardia de palacio.—Marcha. (*Fedric se va: al llegar al fondo se encuentra con Strozzi, que le detiene y le habla en secreto. Fedric le señala á Jusepo, y se va.—Strozzi entra y permanece inmovil á pocos pasos de Jusepo, que está sentado y sumido en cavilaciones.*)

ESCENA XI.

JUSEPO. STROZZI.

Jusepo. (*Levantándose repentinamente.*) Adelante!... la suerte está echada! (*Vuélvese para marchar, y se encuentra con Strozzi: detiénese, y se estremece.—Aparte.*) Cielos!... el verdugo! (*Disimulando.*) Qué haces aquí?

Strozzi. (*Sin moverse.*) Esperar.

Jusepo. Qué esperas?

Strozzi. Que vuestra señoría tenga gana de oirme.

Jusepo. (*Despues de mirar al reloj.*) Vamos, habla pronto.

Strozzi. Es el caso que... ya os acordais del viejo de ayer... aquel que despachamos á los postres entre el amigo Franz y yo...

Jusepo. Y qué, vamos?

Strozzi. Yo no sé si consistió en que le gustaria mi cara

mas que la de mi compañero... ello es que mientras Franz arreglaba los bártulos... (*Sacando un pergamino.*) el viejo me puso esto en la mano... con una docena de florines... que ya no le servian para nada...

Jusepo. Una carta!...

Strozzi. (*Continuando.*) Rogándome con lágrimas que se la entregase á una joven llamada Estela Barocchi... que vive en el arrabal del rio...

Jusepo. (*Mirando la carta en manos de Strozzi.*) Y qué mas?

Strozzi. Yo se lo ofrecí... pero cuando iba á cumplir el encargo, se me vino á las mientes una idea que me tiene caviloso... Digo yo: supuesto que ese hombre era un conspirador, por fuerza ha de tener cómplices... y puede que este papel contenga algun secreto que yo pudiera vender á buen precio á nuestro amo el podestá.

Jusepo. El amigo Strozzi es aficionado al dinero segun parece?

Strozzi. (*Presentándole la carta.*) Para qué he de negarlo?

Jusepo. (*Quitándole la carta.*) Dámela, pues... (*Tirándole un bolsillo.*) y toma.

Strozzi. (*Inclinándose.*) No hay mas que hablar.

Jusepo. Te advierto que si tienes algun apego á la vida, no te vuelvas á acordar de esta carta, ni de lo que acaba de pasar entre los dos.

Strozzi. No me acordaré mas que de esto. (*Indicando el bolsillo: saluda, y se va.*)

ESCENA XII.

JUSEPO.—*Luego* MARIANI. RIZIO *y gente del pueblo. Luego* LOS GUARDIAS.

Jusepo. (*Contemplando la carta.*) En qué consiste que la vista de este escrito hace palpitar con violencia mi corazon?... de dónde ha provenido este deseo irresistible que he sentido de apoderarme de esta carta?... (*Mirando el reloj.*) Pero ya es la hora... no hay tiempo de leerla. (*Abre la puerta secreta, y mira.*) Aun no parecen... oi-

go ruido... suenan pasos... ellos son! (*Retírase de la puerta. Salen por ella Mariani, Rizio y sus amigos: acércanse en silencio: la puerta se cierra.*)

Mariani. Acaban de dar las seis.—Ya ves que somos puntuales á la cita que nos diste.

Jusepo. Bien.

Rizio. Ea! ya estamos aquí: qué nos quieres?

Jusepo. Ya lo sabreis.

Rizio. Ha llegado por fin el momento de alzar el brazo?

Jusepo. Tal vez. (*Aparte.*) Cómo tardan!

Rizio. Qué es esto pues?... qué te detiene?

Jusepo. Y qué te importa?

Rizio. Jusepo!... esplícate: eres de los nuestros?

Jusepo. (*Mirando al foro.*) Un poco de paciencia!

Mariani. Parece que aguardas á alguno? (*Los arqueros aparecen por el foro, y ocupan la escena.*)

Jusepo. Ya no aguardo á nadie!

Rizio. Traicion!... los arqueros! (*Todos quedan sorprendidos.*)

Jusepo. (*Colocándose en medio de la escena.*) En nombre de Ansedisio Guidoti, señor y podestá de Verona, daos á prision!

Mariani. (*Viendo á Jusepo, con puñal en mano.*) Infame!... (*Le desarman, y cada conjurado se ve sujeto por dos arqueros.*)

Rizio. Qué dices ahora, Mariani?

Jusepo. Llevadlos á la torre, y cargadlos de cadenas. (*Al gefe de la guardia.*) Tú respondes de ellos con la cabeza!

Rizio. Maldicion y oprobio al traidor!

Todos. Maldicion al traidor! (*Se los llevan.*)

ESCENA XIII.

JUSEPO.

Ahora veamos la carta. (*La mira, le da vueltas en la mano, y queda un rato en silencio: al fin dice.*) Aqui está el secreto de esa joven... el de ese viejo, que era su padre, y que murió con tanto valor!... Veamos. (*Rompe la cubierta, y lee.*) «Desde el fondo de un calabozo donde

espero la muerte, te dirijo estos renglones, hija mia!— Sufriré el último golpe, como he sufrido ya tantos otros... con resignacion. Pero no quiero dejar la vida sin justificarme contigo de quince años de abandono y de silencio.— Nuestras desgracias son obra del terrible Ecelino, de ese tirano cuyo brazo de hierro pesa todavia sobre mi desgraciada patria. Yo me armé en favor de su libertad, y el cruel me ha hecho expiar amargamente este delito. Yo fuí arrastrado al suplicio, y mi casa entregada á las llamas... en el incendio pereció tu madre y tu pobre hermano... tú, menos infeliz que ellos, fuiste salvada por tu fiel nodriza... y yo arrancado del cadalso por el arrojo de algunos amigos... Salí de Verona y pasé á Francia, donde me hice soldado; pero fuí hecho prisionero, y despues de catorce años de cautiverio, logré verme libre. Mi primer pensamiento entonces fue volver á Italia y buscar á mi hija. Despues de muchos meses de inútiles investigaciones, averiguo por fin que tu nodriza, oculta bajo el nombre de Juana Barocchi, vivia en Verona con una joven, en el arrabal del rio. Al instante me dirijo á esta ciudad... y llego esta mañana, sin presumir que aqui me aguardaba segunda vez el cadalso! Al pasar por el sitio donde existió la casa de mis padres, sentí una viva conmocion, y me arrodillé sobre aquellas ruinas que quince años há... sirvieron de sepulcro á... mi Laura... y á mi pobre Raf... (*Fijando los ojos con asombro.*) Rafael!» (*Despues de un momento de estupor.*) Dios mio!... La firma... (*Volviendo la hoja.*) «Vicente Pagano!... (*Despues de un momento, con voz ahogada.*) Vicente Pagano!» —Soy juguete de alguna horrible vision!... (*Quiere leer.*) «Vicen...» no veo!... (*Fija los ojos.*) Sí... es su nombre!... el nombre de mi padre!!... Ah! maldito yo de los cielos!... Y mi hermana... mi Isabel... robada por mí!... Oh! infamia! infamia!... Era mi hermana... y no me lo dijo este vil corazon!... Pero aun será tiempo... sálvese ella siquiera!... Ah! sí, yo la salvaré... la salvaré! (*Quiere salir; pero vacila y no puede andar.*) Qué es esto!... las fuerzas me abandonan! Isabel!... padre mio!... qué de horrores! Y se pasa el tiempo!... déjame vivir una hora no mas!... (*Corre al foro; pero se queda petrificado al ver á Estela y al conde que atraviesan por la galería esterior, custodiados por Fedric y los ar-*

queros.—Al fin esclama con voz ahogada.) Ah! ya era tarde!

Estela. (*Desde el fondo.*) Ahí está ese miserable!

Martin. Maldicion sobre tí!

Jusepo. (*Sofocado.*) Ah! sí!... maldicion sobre mí! (*Cae en tierra sin sentido.*)

Acto tercero.

Una sala del palacio.—Puerta en el foro: puerta á la izquierda. A la derecha otra secreta.

ESCENA PRIMERA.

JUSEPO.

(*Está de pie, inmóvil, junto á la puerta de la izquierda, y con la mano en el puñal, poniendo el oido para escuchar lo que pasa en la habitacion inmediata.*)

Estela mi hermana!... Ah! es un horror lo que yo he hecho!... no sé cómo vivo despues de tal iniquidad!—Pero esto ha sido justicia del cielo! No importa... yo la salvaré! (*Indicando el lado derecho.*) Aquella puerta secreta da salida á la orilla del rio, y no está custodiada... por allí la haré escapar. Pero entre tanto ella está aquí, espuesta á sus violencias, obligada á luchar contra la infame pasion de ese tirano!... y yo aquí, clavado á esta puerta por orden suya... Oh! padre mio!... Oh! Dios mio... perdonadme! Creo que oigo su voz... (*Escuchando.*) No, no: ah! si ella da un grito, no hay remedio... rompo esta puerta, y derribo muerto al verdugo á los pies de su víctima!—Nada oigo.—Sí... siento pasos... él viene! Disimula, corazon!... y tú, Dios mio, dame fuerza y serenidad.

3

ESCENA II.

GUIDOTI. JUSEPO.

(*Guidoti sale por la izquierda. Jusepo examina su semblante con avidez.*)

Jusepo. Segun os dignásteis mandar he permanecido inmóvil á esta puerta, como fiel criado, guardando vuestros secretos.—Y bien, señor!... la hermosa Estela...

Guidoti. Ah! es la criatura mas celestial!...

Jusepo. Y cómo es que dejais su compañía?

Guidoti. Fuí á verla loco de amor!... y yo que con una mirada sola me hago obedecer, yo, podestá de Verona... he estado de rodillas á sus pies... mendigando una palabra de ternura, una mirada de amor!... y pasando á veces del ruego á la amenaza... (*Jusepo lleva la mano al puñal.*) Sí, á la amenaza!... porque me lleno de ira cuando pienso que ese Martin de la Scala es preferido á mí! Y para colmo de rabia, tenia sin cesar en los labios ese odioso nombre! Hubo un momento, sin embargo... un momento en que concebí esperanzas...

Jusepo. (*Apretando la guarnicion del puñal.*) Se ablandó por fin?... cedió?

Guidoti. Fatigada de tanto esfuerzo, apartó de mí los ojos... y abandonó una mano, que yo estreché con delirio entre las mias!... Entonces noté que se habia apoderado de ella un temblor convulsivo: sus labios proferian palabras cortadas... mia era ya la victoria!

Jusepo. (*Sacando poco á poco casi todo el puñal.*) Sí?

Guidoti. Pero de repente cobra fuerzas, y se levanta frenética esclamando: Martin, ó la muerte! Entonces se agotó mi paciencia...

Jusepo. Y qué?

Guidoti. La dejé... y me salí del cuarto!

Jusepo. (*Aparte, envainando el puñal.*) Ah! yo te doy gracias, Dios mio!

Guidoti. He estado tímido como un niño!... Pero ella cederá: he dejado centinelas fieles que no la pierdan de vista, de suerte que no podrá escaparse.—Ah! ahora recuerdo... (*Señalando á la derecha.*) Por allí hay una salida secreta que da al rio...

Jusepo. (*Aparte.*) Todo se ha perdido!—Pero quién ha de dar con ella?... ya veis, ni aun se conoce que hay tal puerta.

Guidoti. Es verdad; pero desde que ha ocurrido la muerte de ese pobre baron de Manfeld, todo me causa sospecha y desconfianza.—Por ese lado, ya ves, en teniendo dispuesta una barca, se puede huir con toda seguridad.—No, no: anda... coloca unos centinelas, y encárgate tú mismo de guardar esa salida.

Jusepo. (*Con un movimiento de júbilo que procura contener.*) Bien, señor, bien!... no perderé un momento! (*Vanse los dos por el foro: Guidoti toma á la izquierda, y Jusepo á la derecha.*)

ESCENA III.

ESTELA.

(*Sale por la izquierda abatida y débil.*)

Gracias al cielo, que ya me ha dejado sola!... me he librado de su odiosa presencia! — Ah! aborrecer á un hombre, y verse obligada á oirle hablar de amor!... amor en ese corazon infame, en esa alma vil!... Pero qué he hecho yo, Dios mio!... mi repulsa va á causar la muerte de Martin!... y cómo he de ampararlo?... á quién he de volver los ojos?... á nadie! á nadie!... (*La puerta secreta se abre, y aparece Jusepo.*)

ESCENA IV.

JUSEPO. ESTELA.

Jusepo. A mí!

Estela. (*Retrocediendo con horror.*) A vos!...

Jusepo. Sí, á mí, que vengo á salvaros!

Estela. Jusepo salvarme!... Oh amarga y vil ironía! Jusepo, á quien solo conozco por el mal que me ha hecho!... Jusepo, que me ha entregado á su señor dos veces en un dia... y ahora viene á decirme que me quiere salvar!.. Ah! vileza sobre vileza!

Jusepo. Me despreciais, Estela!... me aborreceis!... no me

quejo: sé que merezco ese odio y ese desprecio!... Si, he sido muy cruel con vos!—Pero ahora, creedme: mis palabras son sinceras!... Ah! si supiéseis!...

Estela. Sé que, á no ser por tí, Martin y yo estaríamos hoy libres y contentos... sé que tú eres para mí un mensagero de infortunio, un genio infernal!

Jusepo. (*Abatido.*) Todo lo que dices es cierto... y si me bastara morir aqui en tu presencia, para probarte mi arrepentimiento!... ahora mismo me mataria, Estela!—Pero así no te salvo... y quiero vivir para restituirte la libertad!

Estela. Tú librarme?... nó!—Lo que tú temes es que mis ruegos logren salvar la vida á Martin, y quieres matarlo! Déjame, déjame... no te escucho!

Jusepo. Oh! justicia de Dios!... cuando mi mas ardiente deseo es verte libre, Estela!... te lo juro... te lo juro por lo que haya de mas sagrado en la tierra!... por la memoria de mi madre!

Estela. Tú me engañas!

Jusepo. (*Aparte.*) No me cree!... Dios mio! qué haria para convencerla! — Sabes, Estela, que un juramento hecho por la memoria de una madre no puede ser falso!... Pero no importa!... yo te salvaré á pesar tuyo! (*Quiere llevársela.*)

Estela. (*Resistiendo.*) Soltad, soltad!... (*Con ironia.*) En nombre del podestá, á quien yo pertenezco... en nombre del amo á quien tú como esclavo obedeces, te mando que me dejes permanecer aquí!—Esclavo, obedece!

Jusepo. (*Echándose á sus pies.*) Mírame á tus pies!... este hombre despiadado y feroz los riega con sus lágrimas!... cree en ellas al menos, ya que no en mis palabras!

Estela. Tus lágrimas?... mentira... impostura, como tus palabras!

Jusepo. (*Levantándose.*) Ah! no!... son harto verdaderas! Supuesto que no hay remedio, escucha, Isabel!

Estela. (*Admirada.*) Isabel!

Jusepo. No es ese el nombre que os daba vuestro padre?... vuestro padre, que se llamaba Vicente Pagano?

Estela. De dónde sabes eso?

Jusepo. Y no teníais un hermano mayor que vos, á quien llamábais Rafael?... Ah! mucho le amábais!... y mucho os amaba él!—Os acordais que siendo niña os sentaba él

en sus rodillas, y entretenido en trenzaros el cabello, mas suave que la pluma del cisne, os cantaba al mismo tiempo las barcarolas de los gondoleros?

Estela. (*Conmovida.*) Sí... bien me acuerdo!... mi pobre hermano!...

Jusepo. Os acordais que vuestro padre os decia con frecuencia: Rafael, ama y proteje á tu hermana; sírvela de padre cuando yo muera: y tú, Isabel, obedece á tu hermano cuando yo no exista, y ámale como una hija ama á su padre?

Estela. Sí!... esas palabras estan impresas para siempre en mi corazon!—Pero, Dios mio!... quién ha podido contaros?...

Jusepo. Y luego os echaba á los dos su bendicion, y vos toda conmovida... sí! conmovida como estais ahora, ibais á ocultar vuestras lágrimas en los brazos de Rafael, y él cubria de besos vuestra frente... Isabel, Isabel... os acordais?

Estela. (*Palpitando de conmocion.*) Ah! no lo he olvidado!

Jusepo. Ni él tampoco, Isabel... ni yo tampoco!

Estela. Vos!

Jusepo. No!... Rafael no lo ha olvidado! Isabel, hermana mia!

Estela. Ah! (*Echándose en sus brazos.*)

Jusepo. Asi... en mis brazos!... sobre mi corazon!... como en aquel tiempo! Gracias por tanta dicha, Dios de bondad!

Estela. Hermano mio!... y yo me juzgaba abandonada de Dios!... yo creia estar sola en el mundo... y tengo á mi hermano!

Jusepo. Ahora seguirás mis consejos, no es así?... huirás de estos sitios?

Estela. Tú eres mi hermano... te obedeceré.—Pero dime, por qué prodigio del cielo has descubierto?...

Jusepo. (*Aparte.*) Y he de decirle que mi padre... Ah! le costaria la vida!—Hoy mismo... pocas horas há... por un verdadero prodigio... — Pero despues... cuando estés en salvo, te lo contaré. Ahora es preciso huir.

Estela. Y cómo?... qué debo hacer?

Jusepo. Quedarte aquí, y esperarme. Yo voy á colocar un hombre de mi confianza á la orilla del rio con una bar-

ca : dentro de pocos momentos vendrá á buscarte, y saldremos por esa puerta secreta... Pero prevengámoslo todo: si ves que tardo... mira : (*Yendo á la puerta.*) en tocando este resorte, se abre la puerta. En caso que yo no pueda acompañarte, vete tú sola... no olvides nada!

Estela. Descuida.

Jusepo. Cuando oigas dos palmadas, es señal de que el hombre te está esperando al pie de la galeria. Si el cielo nos ampara, ya estás libre.

Estela. Libre!...

Jusepo. Abrázame, hermana mia!... esto me da valor para arrostrarlo todo! (*Separándose de ella.*) Ea, vamos!

Estela. Pero y tú?... y Martin?

Jusepo. Yo me quedo á salvarlo, ó á morir con él!—Pero lo salvaré! Dios me ayudará! Dios, que ya me perdona, puesto que me vuelve mi hermana! Ten confianza... Adios! (*La abraza de nuevo, y se va por el foro.*)

ESCENA V.

ESTELA.

Ah! tanta felicidad!... cuando hace un momento todo era desgracia al rededor mio! Quién me hubiera dicho que este Jusepo era Rafael... era mi hermano!—Sí, él es!... los recuerdos de nuestra infancia, las palabras de mi padre, que acaba de repetirme, solo Rafael podria saberlas.— Y en su voz se dejaba ver un arrepentimiento tan verdadero!... y derramaba unas lágrimas!... yo las he visto correr!... Sí, sí... es mi hermano!—Yo me voy á salvar! Dios mio! salvad tambien á Martin!... enviadle otro libertador, como á mí, que lo vuelva á mis brazos! Mi hermano me lo ha ofrecido... cumplirá su palabra!... Sí: el corazon me dice que un dia hemos de vernos todos reunidos y felices!... solo mi padre faltará! Qué será de él, Dios mio?... quizá Rafael lo sabrá. (*Oyese una palmada.*) Qué oigo! (*Otra palmada.*) La seña!... Ah! voy á verme libre!... Pero mi hermano no parece... si alguien viniera!... le esperaré? Un instante de tardanza puede perdernos á todos. (*Escuchando.*) Nada se oye!... yo muero de impaciencia. (*Escuchando otra vez.*) Nada!... no

viene nadie! Qué haré?... sigamos su consejo: en la puerta hay un resorte... (*Va á la puerta secreta y lo busca.*) Este es! (*Toca al resorte: ábrese la puerta, y aparece en el umbral Guidoti. Estela retrocede aterrada.*) Ah! soy perdida! (*Guidoti da un paso hácia la escena, dejando abierta la puerta. En el mismo momento abre Jusepo la del foro, y al ver á Guidoti vuelve á cerrarla, y desaparece sin que ninguno de los dos le haya visto.*)

ESCENA VI.

GUIDOTI. ESTELA. *Luego* JUSEPO.

Guidoti. No era yo el que esperábais hallar aqui; no es cierto, hermosa veronesa? (*Con furor.*) Con que es decir que estoy cercado de traidores!... A bien que hay uno que pagará por todos.—Solo Jusepo puede haberte confiado el secreto de esa puerta!

Estela. Jusepo!... no señor, no ha sido él!... la casualidad solamente...

Guidoti. Esa turbacion me dice que mientes.—Ah! Jusepo Jusepo!...

Jusepo. (*Sale apresurado por la puerta secreta.*) Traicion... señor... traicion! Al ir á custodiar esa salida, en cumplimiento de vuestras órdenes, he encontrado á la orilla del rio una barca, y un hombre que estaba esperando... le he visto dar dos palmadas... sin duda es una seña!

Estela. (*Aparte.*) Qué oigo!... seria un lazo?...

Guidoti. Tráeme al instante á ese hombre, y el tormento le arrancará su secreto.

Jusepo. Su secreto ha muerto con él, señor, y está sepultado con su cadaver entre las olas del rio: mi puñal fue derecho á su corazon.

Guidoti. Oh rabia!... no podré descubrir nada!

Jusepo. Mi primer movimiento, al sorprender la traicion, fue prevenirla; y en seguida he venido aqui para vigilar yo mismo...

Estela. (*Aparte.*) Dios mio!... ese hombre no era mi hermano!

Guidoti. (*Aparte, observando á Jusepo.*) No, este no es

traidor!—Ven acá, mi fiel amigo... mi genio protector! Dame esa mano, Jusepo.

Jusepo. Ah! señor!...

Guidoti. (*Aparte, mirando á Estela.*) La tengo en mi poder!

Jusepo. (*Aparte.*) La astucia se ha malogrado... apelemos á la fuerza.

Acto cuarto.

Un calabozo en la torre de palacio.—En el fondo la puerta de entrada.—A la izquierda una puerta baja.— Una lámpara colgada de la bóveda alumbra el recinto.

ESCENA PRIMERA.

MARIANI. RIZIO. CONJURADOS.

(*Unos estan en pie, otros recostados; y todos sujetos con cadenas, ya al muro, ya á los pilares.*)

Rizio. (*Moviendo á Mariani que está abatido.*) Vamos, hermano, valor!

Mariani. (*Alzando la cabeza.*) Cree acaso Rizio que me faltará?

Rizio. Para morir no... Pero quiza te abate la idea de haber contribuido á hundirnos en el abismo que te va á tragar con nosotros.

Mariani. Mi credulidad os ha perdido... y me ha hecho cómplice de la traicion, asociando para siempre mi nombre al de ese miserable!... Verona olvidará mis rectas intenciones, y solo se acordará de los males que mi necia confianza ha atraido sobre ella... y Verona maldecirá mi memoria!

Rizio. Por qué has de temer el juicio de la posteridad? por qué has de temer que te maldiga, cuando tus compañeros de suplicio te compadecen y te consuelan?

Mariani. Te doy gracias, Rizio!

Rizio. No te cuesta la vida el error de haber confiado en la lealtad de un hijo de Verona?

Mariani. Tal ha sido mi ceguedad, que aun despues de abiertos los ojos, aun no acabo de ver claro el precipicio... Quieres creerlo, Rizio? Ahora mismo, que no puedo moverme sin que el ruido de las cadenas me advierta la situacion en que me hallo... ahora mismo te digo que hay momentos en que casi dudo todavia... Ah! Jusepo! Jusepo!

Rizio. Calla! que al oir ese nombre execrable se ahoga de rabia mi corazon!

Mariani. Con qué arte... con qué astucia me supo enredar esa vívora ponzoñosa!

Rizio. Dios mio!... en cambio de mi muerte... en cambio de la de mis hermanos... concédeme un dia... una hora no mas de libertad... y verás el castigo del traidor que nos ha vendido!

Mariani. Yo no le pido á Dios, Rizio, sino que le sugiera á ese infame la idea de ponérsenos al paso cuando marchemos al cadalso, á gozarse en nuestra agonía... Inspírale esa idea, Dios mio!... yo, yo respondo de tener fuerza y valor para romper mis ligaduras y llegar de un salto hasta él! yo respondo de dar castigo al infame! (*Ruido de cerrojos. Abrese la puerta del foro.*)

Rizio. Serán ya los verdugos! (*Ambos caen abatidos.—Sale Honorio á la cabeza de la guardia; detras el Justicia Astolfo con otros dependientes. — Detras de todos Jusepo.*)

ESCENA II.

DICHOS.—HONORIO. ASTOLFO. JUSEPO. GUARDIAS. DEPENDIENTES.

Astolfo. Rizio, Mariani y consortes... estais condenados á la pena de muerte. — El magnífico podestá os concede toda esta noche para prepararos. — Pensad en la salud de vuestras almas.

Rizio. Sí!... al salir el sol, en la plaza de Verona... será mas solemne el espectáculo! (*Astolfo y sus dos dependientes se van por el foro.*)

Jusepo. Capitan Honorio, pondreis dos centinelas á la subida de esta torre...

Mariani. (*Alzando la cabeza.*) Qué voz!... (*Todos los presos alzan á un tiempo la cabeza al oir la voz de Jusepo.*)

Jusepo. Si alguno, sea quien fuere, intenta subir, ya sabeis la consigna.—Andad, y mucha vigilancia! (*Adelántase. Los presos al verlo se levantan á un tiempo.*)

Todos. (*A una voz.*) Jusepo! (*Arrójanse sobre él; pero retenidos por las cadenas, dan alaridos de furor y algunos caen en tierra á la fuerza del empuje que han hecho.*)

Jusepo. (*Con calma.*) Inocentes!... creian poder romper esas cadenas!

Mariani. Por muy fuertes las tienes... cuando te atreves á presentarte entre nosotros!

Rizio. Ah! si uno solo llegase á soltarse, temblarias de pavor!

Jusepo. (*A los guardias.*) Quitadles las cadenas.

Mariani. Qué oigo! (*Todos quedan asombrados. Algunos guardias llegan y los desatan.*)

Todos. (*Con esclamacion de alegria.*) Ah!

Rizio. (*Armándose con la cadena.*) Muera el espia!

Mariani. (*Haciendo lo mismo.*) Muera el traidor! (*Todos los presos los imitan arrojándose sobre Jusepo.—Los guardias cruzan las alabardas al rededor de él.*)

Honorio. Soldados, si dan un paso, á ellos.

Rizio. (*A Jusepo.*) Cobarde!... Nos has quitado las cadenas, solo para añadir la burla á la traicion!

Mariani. Solo porque un muro de acero te separa de nosotros y te protege contra nuestra venganza!

Jusepo. (*A los guardias, con calma.*) Guardias, salid.

Honorio. Pero...

Jusepo. Salid, os digo!

Mariani. (*Aparte.*) Es esto un sueño!... (*Los presos quedan inmóviles de sorpresa. Honorio y los guardias se van lentamente por el foro: la puerta se cierra. Los presos permanecen como estátuas en el sitio y actitud en que se hallaban.*)

ESCENA III.

JUSEPO Y LOS CONJURADOS.

Jusepo. Ea! qué esperais?... Ya estoy solo en medio de vosotros! (*Arroja al suelo la espada y el puñal.*) Solo y desarmado.—Vamos! quién de vosotros se encarga de asesinarme?

Rizio. (*Levantando la espada.*) Yo!—Encomienda el alma á Dios, porque ese insolente descaro no te ha de salvar. Jusepo, vas á morir!

Todos. Muera! muera!...

Rizio. De rodillas y con el rostro pegado á la tierra es como este infame debe morir.—Ea, miserable... arrodíllate... arrodíllate!

Mariani. (*Que ha estado pensativo durante este diálogo, se arroja de repente entre Jusepo y ellos.*) Deteneos! deteneos! Una secreta voz me dice que vais á cometer un horrendo crimen!— Es inocente! me atreveria á jurarlo á Dios!—Contemplad... contemplad ese rostro sereno... ese ademan de nobleza y resignacion...—Habla, Jusepo, dinos que eres inocente!

Jusepo. (*Conmovido.*) Ven, Mariani, ven á mis brazos! te perdono el haber dudado de mí!

Mariani. (*Dando un grito de gozo.*) Ah! (*Permanecen abrazados. Rizio y los demas vacilan.*)

Jusepo. Jusepo traidor! Y han podido creerlo, Dios mio!... Si yo os hubiera engañado... si yo hubiera vendido vuestra vida á Guidoti... el miedo y la vergüenza asomarian ahora en mi rostro... estaria turbado y trémulo en vuestra presencia... y, ya lo veis!... mi rostro está sereno y mi mano no tiembla... (*Alargándosela á Mariani.*) Díselo á tus amigos, Mariani! diles si tiemblo! — Dudais todavia?—Dame esa mano, Rizio... dámela! (*La toma y la pone sobre el corazon.*) Responde... es el corazon de un traidor el que sientes latir en este pecho?

Rizio. (*Confundido y dejando caer la espada.*) Cielos! en qué consiste que á pesar mio?...

Jusepo. Solo yo y en medio de vosotros, solo y encerrado en estos muros que podeis á vuestro arbitrio convertir en mi sepulcro... solo aqui, sin defensa ni amparo, vengo á pediros que me escucheis...

Mariani. (*Con interes.*) Habla! habla!

Jusepo. Ah! cuán largo y fatigoso ha sido el papel que me propuse representar!... Pero al fin, dentro de pocas horas la horrible comedia llegará á su desenlace! —Mientras llega ese momento, os daré á conocer el hombre de quien tantas veces habeis sospechado. (*Con dignidad.*) Escuchad, vosotros que quereis ser libres, y que conspirais!... Escuchad! voy á enseñaros cómo se conspira.— Si para conseguir el objeto que me propuse he seguido paso á paso y con pena el camino mas áspero y mas largo... es porque ese camino era tambien el mas seguro.— Si fuí, en la apariencia, vil y adulador; si acostumbré mi lengua á lisonjear y mentir; si halagué largo tiempo á los mismos que ansiaba devorar, si rebentando de ira mi pecho, se bañaban mis labios de perpétua sonrisa... y en fin, si me resolví á escitar contra mí el odio y el desprecio de todo un pueblo, al mismo tiempo que consagraba mi cuerpo y mi alma á la salvacion de ese mismo pueblo... era porque obrando asi, compañeros, iba poco á poco atrayendo hácia mí atado de pies y manos al tirano que habia jurado aniquilar!

Todos. (*Menos Rizio.*) Ah!

Mariani. Ya lo ois, hermanos!

Rizio. Moderad ese júbilo! dejadle continuar.

Jusepo. Oh!... aun os falta mucho que oir!—El pueblo... ya lo habeis visto, es tardio para moverse; como generoso y fuerte, sabe sufrir largo tiempo antes de castigar!— Era pues necesario incitar á Guidoti á que abusase de su paciencia... y para conseguirlo... yo, yo mismo, Jusepo, nacido en vuestra patria, se asoció á sus crueldades! Sí! yo inundaba mi camino con arroyos de sangre... porque sabia que al rodar una cabeza se armaban cien brazos á la venganza. (*Hace una pausa y continúa con una conmocion que va creciendo.*) El fin era grande!... pero los medios eran horribles!... y Dios me ha castigado!—Compañeros... aquel viejo, que yo mismo prendí ayer... que yo mismo entregué á vuestro verdugo... que yo mismo hice degollar á vuestros ojos... porque contaba con que aquel espectáculo de sangre llenaria la medida de vuestro sufrimiento... (*Llorando.*) aquel viejo... ah! ah! ah!... si supiéseis lo que me cuesta la libertad de Verona!

Mariani. Acaba! aquel viejo?...

Jusepo. (*Llorando.*) Aquel viejo que yo asesiné... (*Ahogado por el llanto.*) era mi padre, Mariani!... era mi padre!!...

Todos. (*Con voz ahogada.*) Ah!

Jusepo. (*Serenándose.*) Vamos, Jusepo! serenidad! la obra no está terminada... fuera flaqueza!

Rizio. Pero habia un medio tan seguro como pronto de acabar con el podestá: no creo que Satanás lo haya hecho inmortal...

Jusepo. (*Ácabando la idea.*) Y yo tenia su vida dia y noche en la punta de mi puñal... no es eso? Necio! eso no era mas que matar un hombre... y á la noticia de su muerte... otro mas atroz... de quien este no es mas que el representante... el terrible Ezelino! hubiera hecho arrasar á Verona!—No; mi obra principal era la caida de aquel coloso... obra dificil, inmensa! pero ante la cual no he retrocedido.—Hoy destrozado su ejército, obligado á huir de los innumerables enemigos que he levantado yo contra él en todos los puntos, aquel Ezelino, á cuya voz temblaba la Italia, no puede ya socorrer ni vengar á su sobrino destronado y hundido!

Rizio. Eso has hecho!

Jusepo. He hecho mas, Rizio!... he desviado de nosotros una de las mayores plagas que pueden caer sobre un pueblo... la guerra civil! cuyos furores nacen comunmente á la caida de un poder.—No bastaba destruir, era necesario edificar: era necesario fundar sobre las ruinas de la vencida tiranía, la gloria y la felicidad futura de Verona!—El conde de la Scala era heredero de un nombre ilustre, respetado de nuestros padres, y al que se enlazan nobles y gloriosos recuerdos!... en él puse los ojos.—Cinco años he seguido sus pasos, acechándole sin cesar, despertando en su pecho ideas de ambicion, adormecidas por el deleite de los festines, y haciendo resonar oportunamente en su oido las palabras siempre mágicas de patria y libertad!—Dado este paso, logré poner en juego sus pasiones... su enlace con la familia de San-Vital podia aumentar nuestras fuerzas... y yo me propuse realizarlo. (*Empieza á conmoverse.*) Pero el conde amaba á una joven del pueblo... y yo calculé que los celos podian transformar al joven disipado en impla-

cable enemigo del tirano.—No vacilé... y aquella joven... Oh! Dios mio! Dios mio!...

Mariani. Lloras, Jusepo!... te estremece ahora la fria crueldad con que has arrojado á esa inocente en los brazos del voluptuoso Guidoti?

Jusepo. Ah... no me lo recuerdes, Mariani, no me lo recuerdes!... si no quieres oirme blasfemar del cielo! y maldecir de Verona y de su libertad!

Mariani. No te entiendo, amigo!

Jusepo. Esa joven, Mariani, esa joven... yo la entregué á la deshonra! yo la arrojé á luchar con los esfuerzos de ese desenfrenado libertino... y el corazon no me decia: miserable, esa es tu hermana!

Todos. (*Horrorizados.*) Su hermana!

Jusepo. (*Con dignidad.*) He aqui mi vida, compañeros!— Ahora, el que me juzgue traidor, ó el que crea haber hecho mas por la patria, que levante ese acero y me hiera... aqui estoy!—Si aun dudas, Rizio, mátame sin temor... ya ves cuán poco debo amar la vida!... mátame, no esperes que la defienda!

Mariani. (*Doblando la rodilla.*) Arrodilláos, compañeros... arrodilláos ante el martir de la libertad! (*Todos doblan la rodilla.*)

Rizio. Dudar yo, despues de lo que acabo de oir!... no, Jusepo!... y sin embargo, estamos entre cadenas... y nuestra prision es obra tuya!

Jusepo. Es verdad; pero oid.—Si yo os hubiera dicho: compañeros, Guidoti ha convertido su palacio en una fortaleza inespugnable: dos mil alemanes erizados de hierro defienden las puertas decididos á morir: pensar que habeis de penetrar por ellas es locura: vuestra sangre se derramaria inútilmente!—Pero en los calabozos mando yo... y los calabozos tienen salida al palacio: dejadme pues que os prenda, que os cargue de cadenas... y el palacio es vuestro!—Decidme, cuál hubiera sido vuestra respuesta?

Rizio. Es posible?

Jusepo. Me hubierais vuelto la espalda con sonrisa irónica... y quizá, tú, Rizio, hubieras juzgado prudente hundirme tu puñal en el corazon.—Pues bien: yo lo he hecho sin decirlo:—y asi, sin sacar la espada, sin verter una gota de sangre, os hallais dentro de este palacio

y teneis en vuestras manos indefenso al enemigo de la patria.

Todos. (*Con un grito de gozo.*) Ah!

Rizio. Y nuestro gefe? y Martin de la Scala?

Jusepo. A las doce de la noche se abrirá esa puerta, y en ella os esperará Martin armado: al mismo tiempo el puente levadizo se bajará, y dará paso al pueblo guiado por uno de mis parciales: la noche, amigos, será completa!

Mariani. Oh! noche de bendicion y de gloria!

Jusepo. Y qué hermoso dia amanecerá mañana! el sol se elevará radiante sobre Verona libre y purificada!

Rizio. Y armas, Jusepo?... dónde hallaremos armas?

Jusepo. (*Indicando la puerta de la izquierda.*) Allí! — En ese calabozo olvidado hay armas amontonadas por mí en secreto una á una. — Ah! si supiérais qué constancia, qué precauciones, qué misterio he necesitado para ocultar á nuestros enemigos la existencia de ese arsenal, creadô por mí! — Todas las noches penetraba en él arrastrando y á oscuras, por una tronera que da á la capilla y que yo solo conozco... á depositar en silencio, una espada, una daga, un puñal... que robaba á los enemigos... semejante al ladron que esconde lo que ha robado... ó mas bien al avaro que va gozoso á añadir un florin á su tesoro!

Mariani. (*Que ha ido á la puerta.*) Pero esta puerta está condenada!

Jusepo. No teneis las cadenas para romperla?

Todos. Ah! sí!

Jusepo. Cuando hayais derribado ese débil obstáculo, armaos y aguardadme con valor. — Yo os he ofrecido á Martin de la Scala por gefe: voy á librarlo!

Mariani. A las armas, compañeros, á las armas! (*Los conjurados, armados con las cadenas, se arrojan á golpear la puerta de la izquierda. Cae el telon.*)

Acto quinto.

Habitacion del podestá.=Puerta al fondo y laterales.=Un sofá.= Una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

GUIDOTI, *sentado.*—VOLFRAG, *en pie.*—*Luego* HONORIO.

Guidoti. Estais seguro, conde?

Volfrag. Os lo repito, señor: el conde de la Scala no ha muerto.

Guidoti. Mirad que en eso acusais á Jusepo, que fue á quien yo di el encargo de presidir la ejecucion. Cuidado con lo que decís, conde Volfrag! vos sois enemigo de Jusepo, y puede que hagais esa acusacion mas por odio hácia él, que por lealtad hácia mí.

Volfrag. Yo acepto todas las consecuencias, señor.

Guidoti. Pues bien: infeliz de él, si decís verdad!... y infeliz de vos, si mentís!

Honorio. (*Saliendo por el foro.*) Magnífico podestá, el señor Jusepo, llamado por vos, espera vuestro permiso.

Guidoti. Ahora veremos!—Conde, entrad en ese cuarto. (*A Honorio.*) Que entre... y decid al comandante Rugér que venga luego. (*Volfrag se va por la izquierda. Honorio por el foro. Guidoti se levanta.*) O el uno es traidor, ó impostor el otro.—Este Jusepo!

ESCENA II.

GUIDOTI. JUSEPO.—*Luego* VOLFRAG.

Jusepo. Aqui estoy, señor: qué me mandais?

Guidoti. Que respondas á una pregunta: y el conde de la Scala?

Jusepo. Ha muerto.

Guidoti. Estás seguro de ello?

Jusepo. Como que he estado presente.

Guidoti. Tú has visto rodar su cabeza?

Jusepo. He visto rodar su cabeza.

Guidoti. Y lo sostendrás?

Jusepo. A la faz de todos, señor.—Pero estraño esas preguntas, ó dudais acaso?...

Guidoti. Conde Volfrag, salid... (*Sale Volfrag.*) y repetid lo que me digisteis antes.

Volfrag. Martin de la Scala vive! Yo le he visto hace un instante junto á la entrada de la torre.

Guidoti. Ya lo oyes, Jusepo?

Jusepo. (*Con calma.*) Sí, señor!... ya oigo que me acusan.

Guidoti. Y qué respondes?

Jusepo. Yo creia haber merecido vuestra confianza, mi noble señor!... pero ya que se me obliga á recordar mis servicios... quién ha hecho prender á Martin de la Scala?... mi acusador ó yo?—quién se ha hecho amigo de los rebeldes, para saber sus planes y tenderles un lazo que los pierda?... el noble conde ó yo?—Crei, señor, que sabriais distinguir al que os sirve con hechos del que solo os sirve con palabras... al leal confidente del cortesano! En fin; hé aqui mi respuesta: conde Volfrag, me habeis calumniado!... sois un impostor!

Volfrag. (*Poniendo mano á la espada.*) Insolente!

Guidoti. Señores!... quietas las espadas!

Jusepo. No la sacará, señor: no tiene esa costumbre!

Guidoti. Silencio, Jusepo!

Volfrag. Señor, yo insisto en mi acusacion.

Jusepo. Pero pruebas... pruebas! veis como calla?

Volfrag. Yo juro que le he visto...

Jusepo. (*Interrumpiéndole.*) Vos sois el único que lo dice, y vos teneis interes en perderme, porque mi favor os

causa envidia!—En fin, vos decís que habeis visto vivo á Martin de la Scala ?... pues yo os haré ver su cabeza á diez pasos de su cuerpo.

Guidoti. (*Aparte.*) Con qué seguridad lo dice! no se ha turbado ni un momento!—Qué respondeis á eso, conde?

Volfrag. Que semejante audacia me confunde, y que acepto la oferta.

Jusepo. Con una condicion.—Señor, el conde Volfrag atenta á mi vida... si yo pruebo que ha mentido, me debeis la suya!

Volfrag. Y si yo pruebo que eres un traidor, morirás!

Jusepo. Moriré.

Guidoti. (*Aparte.*) La misma seguridad por ambas partes!

Jusepo. Señor, mandad á lòs verdugos que vengan con nosotros á la torre, donde está el cadáver, y que alli mismo ejecuten al que lo merezca de nosotros dos.

Guidoti. (*Aparte.*) El mismo lo pide!—Hola, guardias! (*Sale Rugér con algunos arqueros.*) Vuestra espada, conde... la tuya, Jusepo. (*Ambos las entregan á Ruger.*) Traed antorchas. (*Vanse dos soldados.*) Comandante Rugér, tomad seis arqueros y acompañadlos.

Jusepo. Vamos, señor conde!

Guidoti. Pensad que uno de los dos camina á la muerte!—Conde Volfrag, aun es tiempo... os retractais?

Volfrag. Eso seria hacerme cómplice de la traicion.— No, señor, no me retracto! (*Salen los dos soldados con teas.*)

Guidoti. Andad, pues!—Comandante Rugér, id con ellos. Si Martin de la Scala vive, caiga la cabeza de Jusepo: si ha muerto, la del conde.

Jusepo. (*Aparte.*) Dios mio! velad sobre Estela cinco minutos no mas!—Estais pronto?

Volfrag. Vamos!—Hasta la vuelta, señor.

Jusepo. Hasta la eternidad debiais decir! — Vamos, señor conde!

ESCENA III.

GUIDOTI.—*Luego* ESTELA.

Guidoti. (*Mirándolos ir.*) Conde Volfrag, lo siento, porque erais leal servidor... La envidia os ha cegado... sea como gusteis!

Estela. (*Dentro.*) Yo quiero ver el podestá!

Guidoti. La voz de Estela...

Estela. (*Dentro.*) A pesar vuestro, le veré!... (*Abre violentamente la puerta y sale.*) Ah! señor! miradme á vuestros pies... de aqui no me levanto si no me escuchais!...

Guidoti. Qué llanto es ese?... habla... qué quieres?

Estela. Que me castigueis á mí sola, porque yo sola soy la causa del odio que teneis al conde de la Scala.

Guidoti. (*Aparte.*) Siempre con ese nombre en los labios!— (*Con ironía.*) Temes sin duda que le suceda algo?

Estela. Ah! señor... decid que lo perdonais!

Guidoti. (*Con intencion.*) Sí... ahora... ya lo perdono.

Estela. Ese tono me aterra... Dios mio, habeis pronunciado palabras de clemencia con un acento siniestro!... Ah! decidme que vive, señor... decidme que vive... y que vivirá!

Guidoti. Vivirá... si tu amor puede volverlo á la vida... porque ha muerto.

Estela. (*Fuera de sí.*) Ha muerto!... y yo vivo... qué es esto!... yo estoy loca... estoy loca!—Pero es imposible... vos mentís! Si él no existiera, ya me lo hubiera dicho el corazon... Ah! vos mentís.

Guidoti. Necia... Martin ha sufrido la pena de los traidores... no esperes que venga á librarte.

Estela. Ha muerto, sí: lo veo en el gozo infernal que brilla en vuestros ojos...—Pero no tardareis vos en temblar dentro de este palacio!... porque antes que me mateis, recorreré la ciudad pidiendo venganza, y el pueblo me vengará.

Guidoti. Infeliz!... olvidas que estás en mi poder? (*Tomándola de un brazo.*)

Estela. Socorro!... socorro!

Guidoti. Nadie responderá á tus gritos... estos muros no tienen eco sino para la voz de su señor. (*Suena una campana á lo lejos.*)

Estela. Soltadme!... soltadme!

Guidoti. No te escucho!

Estela. Dios mio... Dios mio!

Guidoti. Haces bien en llamar á Dios... porque solo él puede venir en tu ayuda. (*Oyese á lo lejos una inmensa gritería, que cesa al instante.*) Qué rumor es ese?...

Estela. Dios mio! me has escuchado? (*Vuelve á oirse el rumor lejano, y continúa por intervalos.*)

Guidoti. Gritos!... se amotina el pueblo! (*Suelta á Estela, y corre á abrir una ventana.—Entonces se oye ruido de armas lejano.*) Maldicion!... han penetrado en palacio!... Ah! pueblo aborrecido!

Estela. Guidoti... Dios me salva de ti!

Guidoti. Qué haré!

Estela. Llama tambien á Dios, á ver si viene en tu ayuda.

Guidoti. Hola! guardias!... (*A Estela.*) No pienses por eso que te has de salvar.

ESCENA IV.

DICHOS.—FEDRIC.

Fedric. (*Por el foro con espada en mano.*) Huid, señor... huid!

Guidoti. Y esos cobardes, no me han defendido?... Y Rugér?

Fedric. Rugér y el conde Volfrag han sido muertos en la torre por los conjurados, á quienes Jusepo habia quitado las cadenas.

Guidoti. Jusepo!... con que era traidor!... Ah! si viniese aquí...

Fedric. La guardia alemana hace frente todavia, á las órdenes del teniente Conrado... pero seguid mi consejo, señor... huid!

Guidoti. Huir, cuando mi presencia puede salvarlo todo!... cuando tengo que vengarme del traidor que me ha estado vendiendo!

Estela. (*Aparte.*) Jusepo!... será posible!

Guidoti. Fedric, hazme el último servicio.

Fedric. Disponed.

Guidoti. Ves esta joven?... Si soy vencido, si los gritos del pueblo te anuncian mi derrota y su triunfo...

Estela. Qué?...

Guidoti. (*Que le ha hablado al oido.*) Anda.

Fedric. Soy vuestro hasta la muerte, señor.

Guidoti. Y tú, Estela, recuerda lo que te dije: suceda lo que quiera, no te salvarás.

Estela. Yo tengo confianza en Dios. (*Fedric se la lleva.*)

ESCENA V.

GUIDOTI. *Luego* JUSEPO.

Guidoti. Ahora, Jusepo, nos veremos las caras!... aunque te esconda la tierra, yo te encontraré. (*Diríjese á la puerta del foro. Jusepo aparece en ella con espada en mano, y le cierra el paso. Guidoti se detiene sorprendido.*) Él es!

Jusepo. (*Con calma.*) Podestá, no me esperábais?

Guidoti. Ya te entiendo!... mi guardia alemana se sostiene... mi presencia redoblaria su valor... el pueblo seria vencido... y tú vienes á impedirme que salga!... Ya te conozco, Jusepo... pero no me detendrás!

Jusepo. (*Poniéndosele delante.*) La mitad de la guardia alemana ha sido hecha pedazos por el pueblo, que en breve quedará vencedor... y soy yo quien ha preparado esta victoria: Martin de la Scala está á su cabeza... y soy yo quien lo ha salvado.

Guidoti. Traidor!

Jusepo. Ah! qué momento tan solemne es este para mí!... momento que estoy esperando cinco años há!

Guidoti. Cinco años de traicion!...

Jusepo. Cinco años de valor!—Cuánto he necesitado, Dios mio!

Guidoti. Conducta infame y villana!—Pero aun no lo has conseguido!... aun dura el combate... oyes? (*Oyese el ruido de la pelea.*)

Jusepo. Sí!... y cada golpe que oyes, es un hombre que cae... y ese hombre es uno de tus soldados!... (*Crece el ruido.*) Oyes?

Guidoti. Que tiemble ese pueblo!... Ezelino victorioso volará á castigarlo.—Mañana su ejército triunfante entrará en Verona, y no dejará piedra sobre piedra!

Jusepo. Ezelino el victorioso ha sido derrotado en el puente de Casano: Ezelino el grande es á estas horas prisionero, y Jusepo se goza en haber contribuido á su derrota y á su caida!

Guidoti. (*Furioso.*) Tú tambien!... tú has estado en todas partes para perderme?

Jusepo. Ah! ya me has conocido!

Guidoti. Defiéndete!

Jusepo. Asi te queria yo ver!

Guidoti. Defiéndete!

Jusepo. Dime antes... qué has hecho de mi hermana?... qué has hecho de Estela?

Guidoti. (*Con gozo.*) Estela es tu hermana!... Ah voy á verme vengado!... no volverás á verla! Fedric la custodia... si yo sucumbo, tiene orden de matarla. Y tú serás quien la asesine... porque la señal de su muerte han de ser los gritos de victoria del pueblo... y tú eres quien ha armado al pueblo.

Jusepo. (*Aterrado.*) Oh desesperacion!...

Guidoti. (*Con ironía.*) Que se ha hecho ese acento de triunfo con que hablabas antes? Ah!

Jusepo. Ah! sea completo vuestro gozo!... vedme á vuestros pies, pidiéndoos el perdon de mi hermana!

Guidoti. Asi debe estar el criado á los pies de su amo!

Jusepo. Heridme!... matadme!... pero salvad á Estela... salvad á mi hermana!

Guidoti. No... no quiero que mueras todavia.

Jusepo. Llamad á Fedric... daos prisa... en breve no será tiempo... ya se acercan!... ya se acercan! (*El ruido del combate se va acercando.*)

Guidoti. Voy yo mismo á tentar el último esfuerzo!...

Jusepo. (*Levantándose y poniéndosele delante.*) Eso no!... vos no saldreis de aquí!

Guidoti. Paso!

Jusepo. Volvedme á Estela!... volvedme á mi hermana!

Guidoti. Bien: yo te la volveré.

Jusepo. Ah! si lo haceis, no temais nada: yo os salvaré la vida... nadie os tocará ni á un solo cabello!

Guidoti. Insensato!... para qué quiero yo la vida sin el poder! — Escucha; yo quiero el poder, y tú puedes volvérmelo.

Jusepo. Yo!

Guidoti. Tú solo... puesto que eres el gefe y el alma de esa rebelion. — Tú tienes ascendiente con los conjurados: que depongan las armas, que se retiren, que entre todo en orden...

Jusepo. Qué me pedís?

Guidoti. Con esa condicion, te vuelvo tu hermana.

Jusepo. Eso es imposible!... lo único que yo puedo es li-

braros de una muerte horrible, inevitable... ó si mis esfuerzos y mis súplicas son inútiles, cubriros con mi cuerpo y morir con vos.—Eso yo os lo prometo!

Guidoti. Pues morirá tu hermana!

Jusepo. No conoceis que eso no puede hacerlo ya mas que Dios?

Guidoti. Pues bien: ó Estela, ó lo que tú llamas la libertad de Verona: elige!

Jusepo. (*Delirando.*) Mi hermana!... mi hermana! —Y he de destruir mi obra!... he de ahogar en la cuna la libertad de mi patria! — Pero ser asesino de mi hermana!... Dios mio!... Dios mio!

Guidoti. Mira que Fedric tiene ya el acero levantado!

Jusepo. (*Con horror.*) Ah!

Guidoti. Mira que no falta mas que un instante!... mira que descarga el golpe!

Jusepo. (*Cayendo á sus pies.*) Salvadla, salvadla!

Guidoti. Sálvala tú!

Jusepo. Escúchame!

Guidoti. No acepto tus condiciones! (*El combate se acerca mas.*)

Jusepo. (*Levantándose rápidamente.*) Ni yo las tuyas!—Mi hermana subirá á los cielos... y Verona será libre!

Guidoti. No la verás tú libre al menos!... Venganza!

Jusepo. Sí, venganza! porque me has hecho arrodillar dos veces á tus pies como un cobarde!... Venganza, sí!... porque tú me perteneces... tú eres la víctima que yo tenia escogida... tú eres la parte que me toca á mí en la victoria!

Guidoti. (*Alzando la espada.*) Basta de palabras!

Jusepo. No!... aqui no! porque ya llegan... y todos se disputarian la presa... y yo la quiero para mí toda entera... porque tengo sed de tu sangre, hasta la última gota!

Guidoti. Y yo tambien, Jusepo!

Jusepo. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) Allí... en aquel cuarto... cerraremos la puerta...

Guidoti. Dices bien: vamos!

Jusepo. Marcha tú!

Guidoti. (*Retrocediendo.*) Y quién me asegura que no me herirás por la espalda?—Entra delante.

Jusepo. Y quién me asegura á mí que tú no lo harás?...

(*Retrocede y le alarga la mano.*) Entremos juntos! (*Danse las manos, y se precipitan en la habitacion de la izquierda. Oyese parapetar la puerta: inmediatamente el ruido de las espadas.*)

Estela. (*Dentro.*) Socorro!... socorro!

ESCENA VI.

ESTELA.

(*Sale corriendo, desprendida y aterrada, cierra con cerrojo la puerta por donde ha salido.—El ruido del combate sigue acercándose.*)

Misericordia! (*Corre de puerta en puerta, y las halla todas cerradas.*) Está cerrada!... Cielos!... tambien cerrada!... y ese hombre que me persigue con el puñal levantado!... —El combate dura!... Ah! el podestá triunfa sin duda!... Dios mio! la muerte antes que la deshonra!... (*Gritos dentro que dicen:* «Viva Martin de la Scala!») Qué oigo!... qué nombre!... Cielos! es un sueño!...

Martin. (*Dentro.*) Al podestá!... al podestá!

Estela. Ah! él es!... él es! (*La puerta del foro, golpeada con furia, salta en mil pedazos, y deja paso á los conjurados. Al mismo tiempo se abre la de la izquierda, y sale por ella Jusepo herido y moribundo.*)

ESCENA VII.

ESTELA. JUSEPO. MARTIN. MARIANI. RIZIO. PUEBLO ARMADO.

(*Algunos traen teas.—Estela se precipita en brazos de Martin.—Todos se detienen á la vista de Jusepo.*)

Mariani. Gran Dios!... Jusepo!

Todos. Ah!

Mariani. (*Inclinándose.*) Está herido!

Martin. Mi libertador! (*Todos le rodean.*)

Estela. Mi hermano!

Martin. Tu hermano!...

Estela. Sí... mi hermano es!... ya no tengo duda!

Jusepo. (*Reanimándose.*) Isabel... eres tú?... vives?... me engañó ese infame!... pero ya le he muerto!—Por qué te encuentro tan tarde!

Martin. Ah! tú vivirás!... Socorrámosle, amigos!

Jusepo. Es inútil. La espada del podestá ha sido instrumento de la justicia de Dios!... he llegado á mi objeto por un sendero de sangre... y mi sangre debia derramarse. (*Aparte á Martin.*) No le digais que nuestro padre murió ayer asesinado por el podestá, y que yo le aconsejé ese crimen. — Veroneses, ya sois libres! — Conde de la Scala, mi carrera ha terminado... la vuestra comienza!... yo he hecho mi deber... y mas aun que mi deber!... haced vos el vuestro.— Rizio... Mariani... la mano. — Isabel... el último abrazo!... No llores... Martin te queda!

Martin. Ah! para siempre!

Jusepo. Adios, amigos!... mi última hora es gloriosa!... He terminado mi obra... y Verona es libre!... (*Hace un esfuerzo, y espira.*) Ah!

Estela. (*Sosteniendo su cabeza.*) Ha muerto!

Todos. Ah!!

Martin. (*Descubriéndose y estendiendo la espada sobre el cadaver de Jusepo.*) Compañeros: respeto y gratitud eterna á Jusepo, libertador de Verona! (*Todos se descubren y cruzan las espadas sobre el cadaver.*)

FIN DEL DRAMA.

provisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—
y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Baviera.—Yerros de la juventud.—
rió Napoleon.
obo II.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de Suavia.—Juan de
—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura de Santa Gadea.—
a aragonesa.
ces de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.—
ngida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Lui-
uis onceno.—Llueven bofetones.
c Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Marcela,
il de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—Marido de la
na.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massanielo.—Mas vale lle-
iempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoleto.—
e —Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas estraordinarias.—Me-
on la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel.—Memorias de un padre.—Men-
noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cris-
Mi honra por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Moli-
Molino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Mocedades de Hernan Cortés.—Muérete y ve-
Muger de un artista.—Muger gazmoña.—Mulato.
el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no
—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es ciego.—Novia de palo.—
y el concierto.
rar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Oliva y el laurel.—Otra casa con dos
s.—Otro diablo predicador.
blo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—
—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza.—
e cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda par-
eluquero de antaño.—Pena del talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Peri-
ntre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de París.—Plan
drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de
re Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo
enamorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—
os amores.—Primito.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Pro-
e.—Pruebas de amor conyugal.—Puñal del Godo.
é dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero
nico.—Quince años despues.
millete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey
.—Rey loco.—Rey se devierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Ribera ó
una etc.—Rigor de las desdichas.—Ricardo Darlington.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Di-
Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la fortuna, segunda

ul.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Se-
dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Simon Bocanegra.—Simpatías.—Sin nom-
Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solaces de un prisionero.—Solitarios.—Sol-
Viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare
rado.
nto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey Don Sancho.—Tio
lo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóo jué groma.—Toros y ca-
Travesuras de Juana.—Trenza de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor
muerte.—Tumba salvada.—Tutora.
leria.—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Venganza de un pechero.—
rrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus celos.—Vicente Paul, ó los
tos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Vir-
la deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.
alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.—Un dia de
—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio
a niña.—Un novio á pedir de boca.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una muger.—Una onza á
seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de familia.—Un tercero en
dia.—Un tio en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—
dena.—Una vieja.—Una de tantas.—Una y no mas.—Una muger generosa.—Una noche en Bur-
Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio
no.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.
ida.—Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.